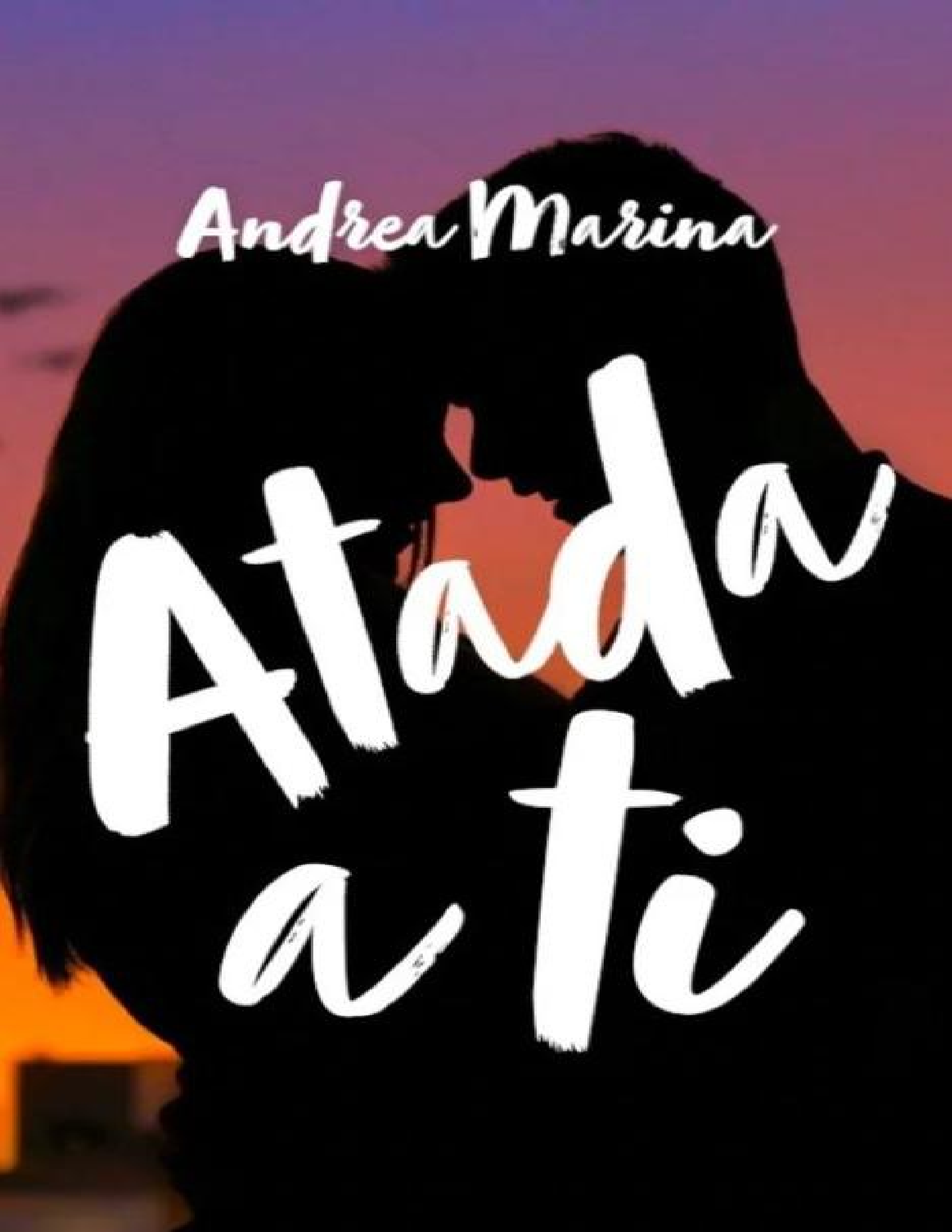

Andrea Marina
Ada
a ti

SINOPSIS

Jena Laywer es una universitaria común de Bellas Artes que sueña con ser restauradora profesional. Su mala suerte la acompaña en cada nuevo inicio que emprende…

Hasta que un día, estando tranquilamente sentada en la parada del autobús, un chico se acerca a ella y le dice que necesita un gran favor. Según él, de tal magnitud que su vida depende de ello.

Y así es como Jena se convirtió en la novia falsa de William Hill, un chico rico que no tardará en tener a Jena atada a él.

¿Logrará Jena evitarlo?…

Nota de la autora

Estimado lector, esta novela que tienes entre las manos, no es una novela convencional.

No es una novela larga repleta de descripciones, muchas veces, banales o repetitivas… Esta es una novela corta, una novelilla o novelita muy cercana al género teatral (escrita en su mayoría en el modo dramático) creada únicamente con el fin de entretener, de que paséis un buen rato…

Creo que no todos tenemos tanto tiempo para dedicarle a la lectura como nos gustaría…

Así que, si te sientes identificado y estás cansado de leer novelas interminables, aquí te dejo una que seguro que te quita ese gusanillo lector y te ayuda a matar el tiempo.

¿A qué esperas entonces para adentrarte en la historia de Jena y Will?…

Espero que la disfrutes tanto como yo al escribirla.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1:
El nuevo trabajo
CAPÍTULO 2:
El beso robado
CAPÍTULO 3:
Novia falsa
CAPÍTULO 4:
Incógnitas
CAPÍTULO 5:
Respuestas
CAPÍTULO 6:
Impulso
CAPÍTULO 7:
Problemas
CAPÍTULO 8:
Un suceso inesperado
CAPÍTULO 9:
Canadá
CAPÍTULO 10:
Una noche juntos
CAPÍTULO 11:
La propuesta
CAPÍTULO 12:
Arizona
CAPÍTULO 13:
La tía Yolín
CAPÍTULO 14:
El famoso restaurador
CAPÍTULO 15:
La confesión
CAPÍTULO 16:
El secuestro

CAPÍTULO 17:
Dudas
CAPÍTULO 18:
La traición
CAPÍTULO 19:
Tokio
CAPÍTULO 20:
Final
LA CARTA
LA BODA
LUNA DE MIEL
Agradecimientos
Biografía de la autora

Andrea Marina

ATADA
A TI

Copyright © 2024 Andrea Marina Rodríguez Martín
Todos los derechos reservados.
ISBN-13: 9798337848761
Sello: Independently published

A mis padres,
por ser las estrellas que me guían en la oscuridad.

CAPÍTULO 1:
El nuevo trabajo

—¡¿Qué?! ¡¿Que hice qué?!

—Vaya tía, fue graciosísimo. Si hubieses visto la cara que se le quedó...

—Carla, dime que no es verdad. Dime que no me abalancé sobre Jake para besarlo.

—¿Prefieres que te mienta? Lo hago encantada, pero mejor que sepas lo que hiciste. Y, así, no querrás volver a beber de más.

—Ya, lo sé. Pero sabes que, si no, la timidez me puede y no me lo paso bien en las fiestas. Además, la culpa la tienes tú.

—¡¿Yo?!

—Sí, me podrías haber detenido. Pero no, seguro que te quedaste coqueteando con Lucas...

—Ahí llevas razón. Pero no tienes que beber tanto. ¿Y si alguien se aprovecha? ¿Eh?

—Lo sé, lo sé... Dejemos ya el tema. No sé qué voy a hacer cuando vea a Jake. Me moriré de la vergüenza...

—Tranquila, es tu mejor amigo. No creo que le sorprenda lo de anoche...

—Ya, pero igualmente ¿por qué siempre hago el ridículo?...

—Venga, no te rayes, que mañana empiezas a trabajar y tienes que estar radiante.

—Es verdad. Gracias por recordármelo. Mañana me toca coger dos autobuses. ¡Qué pereza!...

—De nada, para eso están las amigas. Me voy a ir, que tengo clases.

—¿Ahora?

—Sí, son de dibujo...

—Está bien. Mañana nos vemos, entonces.

—Sí, y dúchate. ¡Que apestas!

—¡Vale, mamá!

—Ja, ja, qué graciosa. Adiós, Jena.

—Adiós.

Poco tiempo después de que se vaya, me ducho y preparo todo lo necesario para sobrevivir a mi primer día como asistente personal. Hasta quedarme dormida…

Al día siguiente, el despertador se sintió más pesado que de costumbre… Pi, pi, pi...

—Déjame dormir un poco más...

¡Mierda! ¡Me he quedado dormida! ¡El autobús de las 7:00! Son las 6:40. Pego un salto y me pongo lo primero que saco del armario.

No sé ni cómo tengo el pelo, pero me paso la mano y me lo peino como puedo mientras me dispongo a salir por la puerta. Cojo mi bolso y corro como nunca antes para llegar a tiempo.

Me alivia ver que son las 6:59 cuando llego a la parada y veo que ya viene. Lo bueno de tener que coger el autobús tan pronto es que no está casi lleno. Subo y me siento en el asiento más próximo a la puerta.
El camino no se hace para nada pesado y no me doy cuenta y ya me tengo que bajar para coger el siguiente, que pasa a las 8:00 (para estar en el trabajo a las 8:30).

Me siento y espero pacientemente mientras no puedo parar de pensar en lo nerviosa que estoy.

Mis padres siempre están viajando y gracias a ello conocen a muchas personas. Ahora mismo están en Japón. Pero bueno, a lo que iba: gracias a mis padres he conseguido este trabajo como asistente. Es un gran puesto y compagina muy bien con mis clases en la universidad.

Estudio Bellas Artes como mi mejor amiga Carla, aunque ella hace más dibujo y a mí me gusta la restauración. Ya son las 8:02 y solo puedo impacientarme más.

—¿Sabes por qué aún no ha venido?

No sé cuánto tiempo lleva esta señora sentada a mi lado...

—No.

—Como llegue tarde otra vez me despedirán...

—No se preocupe, no tardará en llegar.

—No te había visto nunca coger el autobús a esta hora.

—Ah, es que comienzo hoy a trabajar.

—¡Ahí está! ¡Menos mal!

Nos subimos y me vuelvo a sentar al lado de la puerta. Se me hace muy corto el trayecto por ir mirando el móvil. Cuando llego a mi parada veo que son las 8:26 y no puedo hacer otra cosa que correr. Me sorprende mucho ver que no soy la única. ¡La señora está detrás de mí!... Llegamos al edificio e impone mucho, es muy moderno y tiene una recepción enorme. Me acerco y la señora se cuela y se disculpa. No escucho qué más dice y se aleja.

—Hola, tú debes de ser Jena Laywer, ¿no?

—Sí, siento el retraso, el autobús...

—No me diga más. La está esperando el señor en el cuarto piso puerta 3.

—Gracias —digo, me retiro y me dirijo al ascensor cuando…

—¡No subas! —me grita a lo lejos un chico alto de pelo rizado.

—¿Qué? —no logro comprender sus palabras hasta que se acerca.

—¡Que no subas! —Lo escucho ahora perfectamente.

Pero me doy cuenta de que es demasiado tarde: las puertas del ascensor se están cerrando y me sorprendo al ver que el chico se acaba de tirar hacia dentro e intenta a toda prisa darle al botón de abrir la puerta sin buen resultado.
Sin esperarlo, se ha quedado cerrada y el chico me está mirando con cara de furia…

—¿Pero es que estás sorda o qué? Te llevo gritando desde que te he visto y ni caso.

—Lo siento. No te había oído.

—No hace falta que lo jures —dice entornando los ojos.

—Oye, me parece que estás siendo un poco borde. Ni siquiera te conozco y me hablas así...

—¿Así cómo?

—Con este tono. Yo no te he hecho nada. Tú eres el que te has tirado hacia dentro como si fueses un ninja.

—Es increíble. Encima que lo he hecho por ti, para que no te quedases encerrada sola.

—Yo no te he pedido nada. Aparte, ¿por qué no ponen un cartel de que está averiado? Te habrías ahorrado esto.

—Estaba puesto. Pero lo quité para hacer una foto. Igualmente, no habría hecho falta si no estuvieses sorda.

—¡Que no estoy sorda!

—Bueno, mejor nos relajamos, que no sé cuándo podremos salir de aquí.

—Pff, adiós a mi trabajo (y no he podido ni empezar...).

—¿De qué vas a trabajar? ¿De limpiadora?

—¿Me ves con cara de limpiar?

—Hombre... Con esas pintas y la camisa al revés, no das muy buena impresión...

No puedo evitar sonrojarme al ver que tiene razón. Tengo la camisa al revés y estoy toda despeinada. Ah, y, para colmo, no me he lavado los dientes...

—¿Entonces de qué trabajas?

—Soy la nueva asistente del señor Jone Rulen.
—Ja, ja, ja. Ah, ¿eres tú?

—Sí. ¿Algún problema?

—Nada. Solo que estás hablando con él…


LONDON
UNITED
RATP GROUP
LT666

CAPÍTULO 2:
El beso robado

—¿Qué?

—Lo que oyes. Yo soy Jone Rulen.

—Esto... Sé que hemos empezado con mal pie. ¿Qué te parece si olvidamos esto y comenzamos de nuevo?

—Está bien.

—Soy Jena Laywer, encantada —digo ofreciéndole mi mano.

—Encantado. Soy Jone Rulen —contesta devolviéndome el gesto.

—Bueno... Me gustaría saber qué voy a tener que hacer exactamente, ya que ha pasado esto...

—Creo que eres la primera chica que se queda en un ascensor encerrada y se preocupa por lo que va a tener que hacer en el trabajo.

—No te creas. También me preocupa...

—En cuanto a eso, solo tienes que hacer lo que te diga.

—Pero, ¿qué cosas tendré que hacer?
—¿Te muestro una...?

No me gusta nada su tono. De repente se está acercando mucho a mí. Tanto que me tengo que ir alejando hasta que acabo contra la pared. Me intento alejar, pero sus brazos me tienen acorralada. Esto no me gusta nada. Siento que me falta el aire. ¿Podría ser que...? ¡Me va a besar...!

Está acercando su boca a la mía lentamente y estoy paralizada. No obstante, de un momento a otro, una luz me ciega. ¡Se ha abierto la puerta! Él, al igual que yo, ha girado la cabeza en esa dirección. Pero por alguna razón no reacciona, no quita los brazos...

—Lo sentimos. Ya está arreglado —anuncia uno de mantenimiento yéndose por donde ha venido.

—Esto... ¿Te importa...?

—No.

No sé en qué momento me ha cogido de la muñeca y me ha llevado a rastras escaleras arriba. Una vez que estamos en el cuarto piso, me suelta.

—Lo siento. Es que no podía dañar mi reputación. Si me quedaba allí más tiempo, podrían hacer fotos...

—¿Y por eso me has arrastrado?

—Eso... No sé por qué lo he hecho.

—Ah...
—Bueno, esta es la puerta 3, mi despacho —dice abriendo la puerta e invitándome a entrar.

—Gracias. Pero no me has dicho nada nuevo.

—Vale, ¿entras o te quedas aquí? —dice ignorando mi comentario.

Entro decidida y me asombra ver lo grande y espacioso que es. No es solo un despacho (de hecho, no tiene nada que ver con uno) ...
Nada más entrar, lo primero que se ve es una mesa de billar y un conjunto de sofás con una televisión que ocupa toda la pared de enfrente. Hay dos neveras y una estantería llena de bebidas. Me fijo en todos los discos que hay apilados cerca de un tocadiscos (parece que este sitio no es más que un antro de fiestas).
Voy pasando la mirada por toda la estancia y veo que está llena de fotografías a modo de decoración. Todas tienen un estilo común, así que supongo que son del mismo autor. No entiendo nada... ¿No se suponía que esto debía de ser un despacho normal y corriente?

—¿Sorprendida? —dice con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, para no estarlo...

—Es mi zona de inspiración.

—¿Para qué?

—Cada persona tiene maneras muy distintas de inspirarse, la mía es así. Pero no te preocupes, detrás de esa puerta está el despacho aburrido que esperabas —dice señalando una puerta negra (que desde luego no había visto).

—Genial. ¿Me puedes decir ya en qué consiste el trabajo?

—Ya te lo he dicho. Tienes que hacer lo que te diga. También tienes que organizar mi agenda, mis clientes, eventos y esas cosas.

—Vale. ¿Y por dónde empiezo?

—Me parece que ya es tarde —dice mirando el reloj—. Será mejor que te vayas a casa. Ya te llamaré si necesito algo. De momento, llévate mi agenda, revisa las cosas y tal... —añade dándome una agenda negra.

—Está bien. Gracias. —digo y salgo.
Miro el reloj. Y al ver que son las cinco me parece que el tiempo ha pasado muy rápido.
Al salir del recinto, me siento a esperar el bus tranquilamente, cuando un chico sale de la nada y viene corriendo hacia mí:

—Hola, encantado. Necesito que me ayudes.

—¿Qué? No te he oído.

—Ayúdame.

—Pero... —apenas puedo pronunciar esa palabra cuando el chico vestido de traje me agarra de los hombros, me levanta del asiento y me besa.

Como lo oís, me besa. ¡¿Qué acaba de pasar?! Mis ojos están abiertos de la sorpresa. No sé qué hacer. Mi cuerpo no reacciona.

Entonces, me percato de que no estamos solos: no sé cuánto tiempo hace desde que un grupo de *paparazzi* se ha amontonado a nuestro alrededor con las cámaras en marcha fotografiando con ganas.
Sigo sin saber qué hacer. Todo esto es demasiado surrealista.
Unos segundos después, él despega sus labios de los míos y se dirige hacia los *paparazzi*.

—¡Dejadme en paz! ¡No me voy a casar con Diana Milet! ¡Esta es mi novia! —dice señalándome.

No sabía contestar a las preguntas que no paraban de hacerme. Pero el chico se abre paso entre ellos y me arrastra con él.
Corremos muy poco perseguidos por ellos, ya que en una calle nos espera un coche negro que parece recién sacado del concesionario.

—Métete dentro. Rápido —dice con tono alterado. Yo le hago caso y subo en la parte de atrás.

—Abróchate el cinturón —me ordena (aunque no hacía falta que me lo dijese ya que siempre es lo primero que hago al sentarme en un coche).
—¿A dónde vamos? —pregunta el chófer.

—Vamos al aeropuerto.

—¡¿Qué coño está pasando aquí?! —digo ya con los nervios a flor de piel.

CAPÍTULO 3:
Novia falsa

—Siento haberte metido en esto, pero ya no hay vuelta atrás...

—Claro que hay vuelta atrás. Siempre hay vuelta atrás. ¡Déjame salir del coche!

—No puedo. Tienes que hacerme este favor, por favor.

—¿Pero qué favor? ¿De qué hablas?

—Tienes que hacerte pasar por mi novia.

—¿Qué? No.

—¿Por qué?

—¡Por muchas cosas!

—¿Cuáles? Las solucionaré.

—Para empezar no te conozco de nada. No sé quién eres. Ni siquiera sé tu nombre.

—¿En serio no sabes quién soy?

—¡No! ¡Déjame bajar del coche! —digo perdiendo la paciencia.

—Tranquilízate. Soy William Hill, el heredero de la empresa Pryn Hill.

—¡¿Y a mí qué?! No me pienso hacer pasar por la novia de nadie.

—Pero ahora ya sabes mi nombre... ¿Por qué no? No me has acabado de explicar las razones.

—Pues también porque no sé quién te crees que eres para venir de la nada y besarme. ¡Gilipollas!

—Lo siento, era cuestión de vida o muerte. Si no hacía algo, ahora estaría casado con una arpía psicópata. Supongo… que te tengo que dar las gracias...

—De nada, pero no me harás cambiar de opinión.

—Y si te propongo algo...

—¿Algo cómo qué?

—¿Un trabajo?

—Lo siento, pero acabo de empezar uno, así que... no me interesa.

—Pero te pagaría mucho más.

—¿Cuánto más?
—¿Cuánto quieres?

— 4.000$ al mes.

—Hecho.

—¿En serio?

—Sí.

—Pero no puedo dejar el otro o mis padres tendrán una mala reputación.

—No te preocupes, les dará más prestigio saber que su hija está con el heredero de una de las empresas más famosas.

—Pero no creo que pueda fingir nada…

—Es muy fácil, solo me tienes que seguir el rollo. No te arrepentirás.

—No sé...

—Dime, a todo esto... ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Jena Laywer.

—Encantado, Jena.

—Gracias, supongo...

—Y dime, ¿para quién has comenzado a trabajar?

—Para Jone Rulen, ¿lo conoces?

—¡¿Qué?! ¡¿Para él?!

—Sí, ¿por?

—Es mi mejor amigo.

—¿En serio?... Ahora todo me cuadra, ¡ambos estáis mal de la cabeza!

—Qué va, somos geniales. A muchas chicas les encantaría estar en tu lugar...

—Pues venga, búscate a otra para que sea tu novia falsa. ¡Y déjame bajar del coche de una vez! ¡¿Es que no me oye, chofer?!

—No puedo hacer nada, señorita —me responde divertido.

—¡Me da igual!

—Puedes dejar de hacer berrinches. Ahora mismo hablo con Jone.

《 Por teléfono 》

—¿Will?... —dice con la voz adormecida.

—Sí.

—¿Por qué me llamas a estas horas?
—Solo son las 20:00.

—Da igual, sabes que no me gusta que me despierten de la siesta...

—Perdón, pero es importante.

—¡Ah, es verdad! Que hoy te casabas... —dice con un tono entre somnoliento y burlesco.

—De eso quería hablarte... ¡Lo he conseguido!

—¿En serio?

—¡Sí!

—¿Cómo?

—Ya te lo contaré en persona. Ahora voy camino del aeropuerto y mi madre me están persiguiendo.

—¿Qué dices?

—Sí, ahora tengo una novia falsa y por eso te llamaba...

—¿Qué? ¿Y qué tengo que ver yo?

—Pues que mi novia falsa es Jena Laywer. La que ha comenzado a trabajar para ti hoy...

—¿Esa?

—Sí, gracias a ella, me he librado de la arpía. Así que necesito que la eches para que pueda hacerle un contrato.

—Está bien. Una pena... Me parecía mona...

—Tú y tus intentos...

—Adiós, Will.

—Ja, ja, adiós, bro.

《 Fin de la llamada 》

—Ya está arreglado.

—Vale, pero, igualmente, no me pienso ir a ningún lado.

—Ya hemos llegado —anuncia el chófer.

—Claro que vienes, tómatelo como unas vacaciones. ¿A qué parte del mundo te apetece ir?

—Pues a... ¡mi puta casa! ¡Te he dicho que no voy a ir a ningún lado!

—Pero ¿por qué te pones así?

—Porque me pones de mala leche. ¿Qué parte no entiendes?

—Pero ya estamos aquí. Vamos, bajemos del coche...

Sale y me abre la puerta. ¡Es mi oportunidad!
Nada más salir espero unos segundos y salgo corriendo en dirección a ninguna parte.
No sé si me está siguiendo o no, me giro y efectivamente.
Joder, ¡cómo corre! Me estoy cansando y está a punto de alcanzarme, así que solo puedo hacer una cosa...
De un momento a otro, veo por fin mi salvación: el baño de chicas.
Entro y veo cómo está cerca debatiéndose si entrar o no.

¡Menudo día de mierda! Entre el autobús, el ascensor y este tío... Me quedo un momento pensando frente al espejo cuando mi móvil empieza a sonar. Lo cojo y me alegra saber que es Jake.

《 Por teléfono 》

—¡Hola, guapa!

—Hola, Jake.

—¿Qué tal tu primer día? ¿Dónde estás?

—¡Como la mierda! —digo gritando lo suficiente como para que me escuche desde fuera.

—Joder, ¿y eso?

—No sé por dónde empezar, supongo que porque me han despedido.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—¡Porque al salir un tío imbécil me ha besado! —digo elevando el tono de nuevo.

—¡¿Qué?!

—¡Sí!

—Pero ¿y eso qué tiene que ver?

—Es largo de contar, Jake, prefiero contártelo en persona.

—Pues dime dónde estás, que voy a buscarte y te invito a cenar.

—Estoy en el aeropuerto.

—¿Qué? ¿Qué haces ahí?... ¿Jena?... ¿Jena?... Jena, ¿estás ahí?... ¿Hola?... Jena...

《 Fin de la llamada 》

CAPÍTULO 4:
Incógnitas

Al despertar sentí que toda la cabeza me daba vueltas... No entendía por qué, pero me sentía muy muy mareada.
Lo primero que visualicé al abrir los ojos fue el techo con relieve y detalles del color de la vainilla. Las figuras eran simples, simples líneas curvas que parecían rizos. Recorrí con la mirada la mayor parte de estas, hasta que mis ojos se quedaron prendados de aquella lámpara de cristal que caía en forma de espiral.

De un momento a otro, dejé de mirar el techo y toqué las suaves y delicadas sábanas que me cubrían entera. Su tela dejaba claro que no eran unas simples sábanas, sino unas sábanas de lujo que debían de costar más que todo lo que tenía yo en mi pequeño apartamento.

Estaba disfrutando de la comodidad de la cama en la que me encontraba, cuando caí en la cuenta de que no tenía ni idea de cómo había acabado aquí, en esta habitación.

Me levanté de golpe y la cabeza me empezó a dar más y más vueltas, por lo que decidí quedarme en la cama por precaución. Me puse a pensar en lo último que recordaba, que era haber ido al aeropuerto, haber salido corriendo, haberme metido en el baño de chicas para protegerme de ese tío que me había besado proponiéndome ser su novia falsa y haber recibido una llamada de Jake. A partir de ahí, solo recordaba las palabras del chico:

—Venga, Jena, que es peligroso. ¡Tenemos que irnos! ¡De verdad!

¿Peligroso?, ¿qué podía ser peligroso? No entendí sus palabras y sigo sin entenderlas. Después de ahí, no recordaba nada. Entonces, ¿cómo había llegado a parar aquí? ¿No será que él es el que me había traído por la fuerza?

La cabeza parece que me ha vuelto a la normalidad y que ya han desaparecido los mareos. Así que, rápidamente, me levanto de la cama y dejo pasar el hecho de que no tenga mi ropa puesta y que en su lugar tenga un camisón de seda color rosa pastel.

Inspecciono la habitación y, una vez he admirado la magnitud y belleza de esta, me dirijo hacia la puerta y salgo corriendo sin rumbo fijo y sin tener ni idea de dónde estoy.

Hasta que, de un momento a otro, alguien me derriba y me hace caer al suelo:

—Oh, ya se ha despertado, señorita... Discúlpeme, no la había visto —me dice un señor de unos cincuenta y siete años, después de levantarse del suelo y ayudarme a ponerme en pie.

—No pasa nada. ¿Quién es usted?

—Soy el señor Fran, el mayordomo del señor Hill.

—¿El señor Hill?

—Sí, el que la trajo ayer aquí toda empapada e inconsciente.

—¿Qué?

—Puede ir a hablar con él si quiere. Estará preocupado…

—¿Dónde?

—Venga, la acompaño. —dice y comienza a andar.
No tiene prisa y yo sigo sus pasos cual patito sigue a su madre. Me fijo en todo lo que puedo: es enorme, mires por donde mires todo está impoluto, las paredes son blancas y el suelo de parqué gris.

Todo está decorado con pequeños cuadros y detalles. Se pueden ver plantas que le dan un aspecto muy minimalista. Las puertas que se ven son blancas también. Es supermoderno todo...
De tanto mirar, no me doy cuenta de que el señor se ha parado frente a una de ellas.

—Aquí es, señorita —dice y se retira antes de que pueda agradecerle.

Toco la puerta y enseguida me abre un chico rubio de mi edad, más o menos, o eso creo...

—¿Quién eres? —pregunta.

—Vengo a hablar con Hill.

—¿William, dices?

—Sí.

—Espera —dice y oigo que le dice que hay una chica que quiere hablar con él. Nada más escuchar eso, rápidamente, se acerca a mí y me mira con cara de alivio.

—¡Menos mal que estás bien!

—¡¿Menos mal?! ¡¿Cómo que menos mal?! Si tú eres el que me ha traído aquí según me han dicho...

—No es lo que crees.

—Ah, ¿no?

—O sea sí, pero no pasó como tú te crees.

—Pues acláramelo.

—Está bien. Vete, Paulino.

—Vale, adiós.

—Cuéntame.

—Vale, no sé por dónde empezar...

—Por el principio.

—Vale, pues te estaba siguiendo porque habías salido corriendo...
Te metiste en el baño de chicas y oí que estabas hablando con alguien. Me di la vuelta para irme y dejarte tranquila (hasta que te decidieras a acompañarme) cuando vi a uno de los hombres que trabajan para la empresa Tumber, la que nos hace la competencia.

Te dije que salieras, que era peligroso, pero no me hiciste caso. Vi que estaba mirando en nuestra dirección y decidí alejarme de ahí para ver qué quería hacer.

Entonces, estuve un buen rato mirando a aquel hombre cuando, después de haber mirado a ambos lados, asegurándose de que no había nadie, sacó un paño blanco y dejó caer un líquido en él de un frasco pequeño.

Se fue al baño con rapidez y me di cuenta de lo que tenía intención de hacer. Entonces, corrí detrás, pero ya era demasiado tarde. Te había tapado la nariz y la boca con el paño, drogándote hasta quedar inconsciente. Pretendían secuestrarte porque piensan que eres importante para mí y así nos pueden distorsionar.

—¡Pero no lo soy!

—Pero ellos no lo ven así...

—¿¡Por qué me has tenido que meter en esto!?

—Lo siento.

—¡Pues no lo parece!

—¿No quieres saber qué pasó después?
—Sí.

—Vale, pues después de eso, de haberte quedado inconsciente en los brazos de aquel hombre, entré decidido al baño.

Y le dije al hombre: "Déjala en el suelo despacio y vete ahora mismo si no quieres tener problemas". Este, para mi sorpresa, me hizo caso sin articular palabra y se fue avergonzado.
O eso pensaba yo, puesto que nada más salió del baño, cerró la puerta...
Estaba ocupado preocupándome por ti al ver que no respondías. Te hice una RCP, te eché agua por encima, te hice el boca a boca, te sacudí, en resumen, toda clase de cosas para intentar que despertaras y nada.

Así que no me di cuenta de que estaba cerrada con llave, hasta que te cogí en brazos como a un bebé e intenté abrir la puerta. Debí haber sospechado eso. Soy idiota, pero no podía dejar de pensar en ti, en si estabas bien... Así qué...

—Espera, espera, espera, para el carro —digo interrumpiéndolo.

—¿Qué pasa?

—¿¡Cómo que el boca a boca!?

—Sí.

—¿¡Pero a ti qué coño te pasa!? ¿¡Te crees que puedes besarme cuando te plazca o qué!?
—Estás exagerando, en ambos casos no tenía opción. ¿Hubieses preferido que no lo intentara?

—¡Sí!

—¡Vale! ¡Paso de contarte nada! ¡Vete por ahí! ¡Fuera de mi despacho! ¡Menudo ojo tengo! No podría haberme tocado una chica normal...

—¡Pues vale! ¡Llévame a mi puta casa ya! —digo chillando de la ira.

—¡Paulino!

—¿Me llamabas? —dice abriendo la puerta.

—¡Sí! ¡Acompáñala a su cuarto!

—¿Al de la tercera planta?

—Sí. Se irá al día siguiente.

—Perfecto —digo y salgo junto con ese tal Paulino.

—Vaya, parece que no ha ido muy bien, eh...

—Nada ha ido bien desde el primer minuto en que lo conocí.

—¿En serio? ¿Pero has acabado de oír la historia?

—No; ni falta que hace. Solo quiero volver a mi apartamento y buscarme un trabajo decente.

—¡Qué pena!, me habías caído bien...

—Por cierto, ¿tú quién eres?

—Soy Paulino, el primo de William.

—Ah...

—Trabajo para él, aunque no lo parezca.

—Me alegro...

—Bueno, no hace falta que te metas en la habitación si no quieres. Puedes ir a dar una vuelta por la casa, aunque no es muy grande.

—Vale, creo que me vendrá bien pasear...

—Perfecto, toma la llave. Es la última puerta a mano izquierda de la tercera planta.

—Gracias.

—No hay de qué —dice y se retira.

Entonces, decido ir a cualquier sitio que esté al aire libre. No sé qué hora es, ni siquiera sé dónde está mi móvil. Pero prefiero no pensar en eso y buscar...

Voy tranquilamente, admirando la decoración, pero sobre todo admirando los cuadros y tapices que decoran las paredes. Es asombroso ver cuadros de artistas como Dalí o Modigliani. Muchos de los tapices deben de estar restaurados, ojalá poder restaurar algunos de ellos algún día...

Al pensar esto, pienso en la Universidad: me habré perdido ya unas cuantas clases y Carla estará preocupada.

No sé nada de mis padres, así que eso es que se lo están pasando genial en Japón...

Yo solo me alegro al ver que he llegado a una cristalera cuya imagen al otro lado parece sacada de un cuento de duendes. No me entretengo y abro una de las cristaleras y entro en un jardín de ensueño. Hasta que me doy cuenta de que no soy la única que está aquí...

CAPÍTULO 5:
Respuestas

Su figura de espaldas es inconfundible...
Ese pelo castaño despreocupado y esos brazos musculosos no pueden ser de nadie más que no sea mi mejor amigo.
Me acerco rápidamente, sorprendida de verlo aquí.

—¿Jake? —pregunto y este se da la vuelta.

—¡Jena! ¡Ya has despertado! ¡Eres una dormilona! Te has pasado un día entero con los ojos cerrados. ¡Me has pegado un susto de muerte! —dice y no me da tiempo a contestar cuando se acerca y me abraza con fuerza.

Me separo despacio y lo miro directamente a los ojos.

Tengo muchas preguntas que esperan respuestas.

—¿Qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí?

—Sí. ¿Qué haces aquí? Donde sea que estemos...

—¿William no te lo ha contado…?

—¿Contarme qué?

—Pues qué hacemos los dos aquí, claro.

—¡Otro igual! ¡Me voy!

—Pero, Jena...

He salido de ahí enfadada de nuevo, no sé por qué me irrita tanto que los demás sepan la razón de que esté aquí y yo no.

Siempre me ha molestado que otros tengan información que me involucra. Así que, de nuevo, no sé por qué me he alejado.
Parece que esto se está volviendo habitual, pero, a diferencia de antes, ahora sí sé a dónde dirigirme.

Voy decidida al despacho de William. Necesito saber toda la historia. Voy corriendo por donde he pasado antes y llego. Toco a la puerta, pero con mi mala suerte no está.

No veo a nadie por los alrededores, así que solo puedo irme de brazos cruzados a la habitación de la cual tengo la llave y esperar...

He llegado a la tercera planta y voy a la última puerta de la izquierda. Cojo la llave que me ha dado Paulino y entro en el cuarto.

Es enorme. Las paredes son de un color azul celeste y de nuevo los cuadros son de famosos pintores.

La cama es enorme y está adornada con un edredón nórdico con rayas de distintas tonalidades de azul y de un montón de cojines azules celeste también.

Veo un armario empotrado y una cristalera que da a un pequeño balcón. Por lo demás, está vacía...

De repente, me entran ganas de probar la cama, así que cierro la puerta y me dejo caer en ella. Es comodísima, parece que estoy en una nube de algodón.

Me asombro al ver que en el techo están pintadas estrellas en una mancha color azul marino.

Toda la habitación es preciosa.
Me alegro al comprobar que en la mesita de noche hay un reloj... Son las 12:30 de la mañana y sigo con este camisón rosa.

Sin darme cuenta me estoy quedando dormida...

—¡¿Qué haces en mi habitación?!

—¿William? —digo con voz de recién levantada.

—Sí. ¿Cómo has entrado?

—Con la llave que me dio Paulino —respondo poniéndome derecha y sentándome en un borde de la tan cómoda cama.

—Paulino... —dice en un susurro como si lo estuviera maldiciendo.

—Da igual, William.

—Llámame Will.

—Está bien, Will. Te estaba buscando, pero parece que eres tú quien me ha encontrado.

—¿Para qué? ¿Para decirme que te lleve ya de vuelta?

—No. Quiero que me acabes de contar la historia de cómo he llegado aquí.

—Está bien, pero, antes, quiero enseñarte algo...

—Vale —digo, me levanto y voy hacia la puerta, pero me para.

—No vayas así. Te he comprado algo...

—¿En serio?

—Sí. Lo he guardado en el armario. Después de nuestra discusión, no pensaba dártelo... —dice y se dirige al armario, de donde saca un vestido azul.

—Te gusta mucho el azul, ¿no?

—Sí. Seguro que a ti te debe de quedar estupendamente con los ojos tan bonitos que tienes... —responde y me lo da.

—Gracias.
—Te dejo tranquila para que te cambies —anuncia y sale de la habitación.

Una vez cierra la puerta, saco el vestido de su funda de plástico y me maravillo al ver su belleza. Es demasiado espectacular. Es corto, pero con vuelo, no tiene mangas, ya que es de tirantes, y en él se pueden ver detalles plateados que hacen que parezca un cielo estrellado.

No me lo pienso mucho más y me lo pongo. Me pone contenta que me quede bien y no tan grande como parecía...
Por lo que intuyo que tiene buen ojo.
Me subo la cremallera haciendo maniobras y, una vez puesto, me miro en el espejo del armario. Nunca había llevado un vestido tan bonito. Enseguida salgo de la habitación para agradecérselo.

—¡Wow! ¡Estás preciosa!

—Gracias —digo con un rubor inevitable en el rostro.

—Bueno, vamos. —anuncia y me coge de la mano arrastrándome con él a la azotea.

Subimos unas cuantas escaleras hasta llegar, pero no hemos tardado nada con su impaciencia.
Tras abrir una puerta de cristal, entramos y no me puede gustar más lo que veo...
Hay una especie de caseta con una barra de bar.
Se pueden ver diversos sofás *chill out* por todo el lugar, pero, sin duda alguna, lo que más me gusta es el *jacuzzi* que hay a un lado, alejado de la caseta.

El suelo es de madera oscura y está todo impoluto.
Me encanta la distribución, así que no puedo exclamar otra cosa:

—¡Es preciosa!

—¿Te gusta?
—Sí, pero ¿por qué querías enseñármela?

—¿No te has fijado en la mesa? —dice señalando una mesa blanca llena de comida y dos sillas.

—Ah, querías invitarme a comer.

—Sí, bueno, creía que al despertar tendrías hambre...

—¡La verdad es que me muero de hambre!

—¡Pues adelante!

—Gracias —digo y empiezo a comer.

Todo está demasiado bueno, hay de todo: desde tartaletas hasta huevos y bacon. La verdad es que tenía más hambre de la que pensaba...

—Ja, ja, acabo de descubrir que me encanta verte comer... —me dice mirándome sonriente, con lo que vuelve el rubor a mis mejillas.

—Cuéntame por dónde te habías quedado antes...

—Está bien, pero antes...

Dice y acerca su mano a mi cara y me retira con un dedo un resto de nata de una tartaleta que tenía en la mejilla.

—Ya está.

—Mmm...
—Bueno, te sigo contando. Me había quedado en que no te despertabas...

Me estaba preocupando y me había quedado sin batería en el móvil. Te dejé en el suelo, nuevamente, con la cabeza apoyada en mis piernas y me quedé pensando hasta que, por suerte, tu amigo Jake te llamó. Le conté que estabas inconsciente y no tardó nada en venir.
Consiguió la llave y abrió la puerta. Te cogí en brazos otra vez y él se sorprendió al ver que era yo, ya sabes, William Hill...

—Entiendo, pero me dijeron que vine empapada. ¿Y eso? ¿Qué pasó?...

CAPÍTULO 6:
Impulso

—Déjame seguir, no me interrumpas.

—Vale, perdón.

—No pasa nada... Bueno, pues tu amigo y yo nos pusimos a hablar y le conté mi situación y por qué necesitaba que vinieses conmigo aquí, a Irlanda.
Él lo entendió, pero no quería que te fueses conmigo en ese estado, así que le propuse que viniera también con nosotros.

—¡¿Estamos en Irl…?!

—Tss —dice tapándome la boca con la mano—. Te he dicho que no me interrumpas —aparta la mano y se me queda mirando...

Sus ojos color café brillan con la luz del sol y no puedo permitirme apartar la mirada de estos.

—Bueno, pues le dije que tenía que arreglar unos asuntos antes de partir y que te necesitaba conmigo.

Le di un billete de avión en primera clase y le dije que trabajaría para mí.
Él se fue y yo hice unos trámites para que me hicieran la casa en la que estamos, escondida en las montañas, de forma que mis padres no me puedan localizar de momento.

Hecho esto, ya era demasiado tarde, eran las 00:40 y necesitábamos un hotel...

Mi chófer, Quique, no cogía el teléfono y de un momento a otro empezó a llover.
Tú seguías en mis brazos inconsciente y no sabía a dónde ir para resguardarnos, así que te apoyé en un banco cercano, me quité la chaqueta, te cogí de nuevo y te la puse por encima, pero ya te habías mojado demasiado...

Volví la cabeza y vi a Quique, él se había llevado a Jake y ahora nos llevaba a nosotros, cogimos el primer avión y llegamos aquí.
Tú estabas en todo momento conmigo, en mis brazos, y seca.
Pero, al bajar del coche, los aspersores se encendieron y nos quedamos empapados de nuevo.
Luego les dije a mis doncellas de confianza que te bañaran y te dejaran limpia en la habitación más cercana a la mía. Y bueno, lo demás ya lo sabes.

—Entiendo, gracias.

—Era lo mínimo que podía hacer después de meterte en esto. Entiendo que no quieras hacerte pasar por mi novia... Supongo que esto tenía que pasar... Me tocará casarme con ella... No sé por qué lo he intentado siquiera...

—Pero... ¿por qué te obligan a casarte?

—Por dinero. Hoy en día todo se hace por dinero...

—Lo sé, pero no entiendo cómo siguen existiendo los matrimonios de conveniencia.

—Pues existen y a mí me toca sufrirlo. ¿Sabes? A veces me gustaría haber nacido en otra familia. Todo el mundo quiere ser rico, pero no saben que cuanto más dinero se tiene, más cosas importantes se pierden...

—Lo sé. Voy a ayudarte, pero antes me gustaría saber quién es tu prometida...

—¿¡En serio me vas a ayudar!?

—Sí.

—Pues la chica se llama Diana Milet y es la heredera de la empresa Ryun.
En comparación con la nuestra y Tumber, es mucho más grande y poderosa.
Todo comenzó un día que nos reunimos para hablar del lanzamiento de un nuevo producto para que los precios fueran similares.
A esa reunión acudimos nosotros, Diana y yo. Era nuestra primera reunión, ya que habíamos cumplido los trece y se nos permitía ir.
Y ahí fue cuando Diana se obsesionó conmigo… hasta el punto de insistirles tanto a sus padres que estos amenazaron a los míos comprometiéndolos a obligarme a casarme con ella.
Ya tenían programado el día y la fecha y no pude hacer otra cosa que huir de mi boda y buscar una excusa. Y ahí entras tú...

—Entiendo. ¿Pero cómo es ella?

—Está loca. Un día se coló en mi habitación y, cuando llegué, la encontré medio desnuda encima de la cama. Y eso es solo un ejemplo de muchos, pero no quiero hablar de eso...

—Joder, y yo pensando que mi amiga Carla estaba loca...

—Ja, ja, ja... ¿Entonces vas a trabajar para mí?

—Sí.

—Pues pongámonos en marcha. Hay que hacer muchas cosas, pero primero me gustaría hacer algo por ti...

—¿El qué?

—Bueno, me he estado informando, y sé que te gusta la restauración y que estás estudiando para eso. Hablé con tu universidad para que no tuvieras que ir presencial, ya que sé que en Bellas Artes la asistencia es casi imprescindible...

—¿Qué dices que has hecho?

—Tss, déjame acabar...

—Perdón.

—A cambio, tendrás un profesor particular de lunes a viernes que te enseñará cosas más enfocadas en lo que te gusta. Y estas clases cuentan como si fueses a la universidad presencialmente dado el prestigio del que va a ser tu instructor...

—¿En serio? ¿De quién estamos hablando?

—Sí. Tu profesor será el joven Gastón Tale.

—¡¿Qué?! ¡No me lo puedo creer! ¡Es el restaurador joven más prestigioso! ¡Muchísimas gracias! —digo y, llevada por la emoción, lo abrazo.

Enseguida me doy cuenta de lo que he hecho y me separo. Él me mira sorprendido por el contacto y me dedica una sonrisa.
Y otra vez no puedo evitar sonrojarme. ¿Por qué me sonrojo tanto? No es que me guste ni nada, ¿entonces?, no sé...

—Me alegro de que te haga feliz.

—No me lo creo...

—Pues créetelo...

Dice y se acerca a mí, tan rápidamente que no me da tiempo a reaccionar y alejarme.

Pero esta vez es diferente a las anteriores, no me incomoda su presencia; de hecho, su olor me atrae incontrolablemente...

Y no sé por qué esta vez soy yo quien se acerca, rompe esos centímetros que nos separan y lo besa.

Al principio, su cuerpo se queda tieso de la sorpresa, pero ahora, ahora ha cambiado totalmente...

Sus manos se han posado velozmente en mis mejillas y me atraen hacia él con fuerza.

No entiendo qué bicho me ha picado...
Por qué estoy haciéndolo...
Ni siquiera por qué me está gustando tanto...
Pero me centro en él y en lo que está pasando.
Con los ojos cerrados, descubro que su respiración se siente agitada. Parece estar ansioso… y yo, también...

Siento como pega su cuerpo al mío y sus labios se despegan un milisegundo para coger aire y volver a juntarse con los míos...

Noto cómo mi corazón se está acelerando más con cada movimiento que ejecutamos juntos... Y creo que el suyo, también.

Él va dando pasos cortos hacia adelante obligándome a ir hacia atrás muy lentamente.

Yo le sigo y de un momento a otro hace algo inesperado. Ha retirado sus labios muy despacio, me ha dado un beso fugaz y ahora sus brazos robustos me han cogido.

No sé qué pretende hacer, pero lo único que soy capaz de hacer en este momento es mirar de nuevo sus ojos cafés a la luz del sol...
Ahora, a diferencia de antes, sus pupilas están dilatadas y sus ojos han adquirido un brillo que no sé interpretar...



CAPÍTULO 7:
Problemas

Al igual que yo, él me mira fijamente analizando mi expresión. Le dedico una sonrisa y este, complacido, me la devuelve y me tapa los ojos con la mano derecha.

No veo nada y solo puedo pensar en qué quiere exactamente haciendo esto...

Camina decidido.

Oigo el sonido de la puerta de la azotea, por lo que sé que me está llevando a otro sitio.

Camina un poco más, hasta que abre otra puerta.
Entra y se para en seco. Se mueve un poco y baja lo que parece ser un escalón.

Baja otro, cautelosamente, y al sentir el agua en mis piernas me doy cuenta de dónde me ha traído...
Baja un último escalón y ahora casi todo mi cuerpo queda bañado.

Retira la mano y me mira con esa sonrisa de nuevo:

—¿Te gusta?

Miro a mi alrededor y la piscina climatizada me parece demasiado preciosa. Su azul turquesa resalta al estar rodeado de baldosas grises... Hay una pequeña fuente en la pared que tira un débil chorro de agua. Es lo único que puedo ver en sus brazos...

—Me encanta —digo y le sonrío de nuevo.

Me suelta y me pongo de pie enfrente de él...

Su camiseta blanca se ha quedado empapada, al igual que mi vestido nuevo.
Así que, su cuerpo se ve a través de ella...
Él me descubre observando su pecho y se la quita.
Ahora sus abdominales se ven a la perfección.
Me noto la cara ardiente y decido sumergirme en el agua caliente para relajar mi cuerpo y despejar la mente.

Al salir a coger oxígeno de nuevo, siento que sus brazos me rodean por la cintura y me pongo nerviosa otra vez.

—Jena... —me susurra al oído.

—Dime... —le respondo con un tono similar.

—No me lo esperaba... —dice y me hace girar para que nuestros ojos se encuentren.

—Créeme que yo tampoco. No sé por qué lo he hecho...

—Me alegra que lo hayas hecho, pero entiéndeme, ahora me va a costar mucho no besarte...

—Lo siento. No debería haber pasado —digo sonrojada otra vez ante sus palabras.

—No te arrepientas. No tiene sentido que lo hagas... Sea como sea, nunca vas a cambiar el pasado... ¿Qué sentido tiene arrepentirse entonces? Además, a mí me ha encantado...

—No me arrepiento. Es solo que no entiendo por qué...

—No te preocupes. Descubrámoslo juntos... —anuncia y velozmente me besa de nuevo.

En la oscuridad que aparece cuando mis ojos se cierran inadvertidamente, mi mente me dice que me aleje, que no va a acabar bien.
Pero mi cuerpo, no reacciona y mis labios siguen el compás de los suyos.
Ese ahora más conocido ardor vuelve y sé que no soy la única que lo siente.
Me pregunto si esto es a lo que se le llama sentir mariposas en el estómago... Yo creo que más que mariposas lo que se siente es una bonita mezcla de adrenalina y ganas de vomitar...

Esta vez, el beso va un poco más allá e introduce su lengua al igual que yo la mía, lo que hace de este beso algo más apasionado...

—¡¿Qué coño haces, Will?! —dice una señora de pelo oscuro y cara de mala leche. Lo que provoca que nos separemos de inmediato.

—¡¿Mamá?! —responde Will con un tono que mezcla sorpresa, enfado y miedo...

—¡Sal de la piscina ahora mismo! —ordena gritando.

Will me mira y sus ojos lo dicen todo... Si su madre está aquí es porque lo han encontrado.
Y solo puede hacer dos cosas: huir o intentar explicárselo.
Parece que se decanta por la segunda y sale del agua, no sin antes dedicarme una sonrisa que aclara que está triste por no poder seguir pegado a mí...

—Mamá, déjame decirte...

—¡No! —lo interrumpe—. ¿Qué te crees? ¡¿Quién coño te crees?!

—Cálmate.

—¡No puedo! ¿Sabes el ridículo que me has hecho hacer? ¡Que le has hecho hacer a la empresa! ¡Eres un niñato malcriado! ¡Después de lo que hemos hecho para que estés como un puto rey!

—Relájate, Jasmín.

—¡Te he dicho que no! ¡No me puedo relajar por tu culpa! ¡Miserable! La familia de Diana me ha amenazado de nuevo. Y no puedo permitirme que lo haga. ¡Te vas a casar hoy mismo!

—¡No! —dice Will con una expresión seria en el rostro—. ¡Ella es mi novia! Te guste o no —contesta y su madre le pega una bofetada.

Él se lleva una mano a la mejilla colorada y se dirige a mí:

—Jena, vámonos.

Yo salgo del agua rápidamente y me coloco a su lado.
Su madre me estrangula con la mirada y no puedo evitar ponerme muy nerviosa. Will me coge de la mano y me arrastra con él hacia no sé dónde...

—¡Tú no estarás con mi hijo! ¡Furcia asquerosa! ¡Más te vale dejarlo ahora o pagarás las consecuencias de tus acciones! —se le oye gritar.

CAPÍTULO 8:
Un suceso inesperado

Subimos a toda prisa las escaleras que había bajado tan despacio antes.
Llegamos a la puerta principal de la casa para huir, pero alguien nos detiene...
Una chica rubia con cara de furia también nos está impidiendo el paso junto con dos hombres.

—¡Tú! —dice mirando en mi dirección.

Acto seguido se abalanza sobre mí para pegarme, pero Will le coge el brazo al instante:

—¡Ni se te ocurra tocarla! ¿Me oyes, Diana? Ya tengo suficientes problemas por tu culpa.

—Me da igual lo que me digas. Tú serás mío, lo juro. Vosotros, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Después de estas palabras los dos hombres que estaban a su lado se acercan a mí rápidamente, pero más rápidamente Will me coge en sus brazos y subimos a la azotea de nuevo.

—Lo siento, Jena.

—No pasa nada. No me han tocado ni un pelo gracias a ti.

—Intentar salir por la puerta de atrás también va a ser imposible. Lo mejor que podemos hacer es contratar un helicóptero...

Se retira un poco para hablar por teléfono y yo cierro la puerta de la azotea con el pestillo.

—¡¿Cómo?! ¡¿Que mi tarjeta de crédito está anulada?! ¿Lo has comprobado bien?... ¡Joder! —dice y cuelga.

—¿Estás bien? —le pregunto por preguntar, porque ya me sé la respuesta.

—No, no sé qué hacer...

—¿Y no tienes a alguien que te pueda ayudar?

—¡Claro! ¡Mi tía Yolín! Ella siempre ha sido como una segunda madre para mí. Siempre que me enfadaba con mi madre, ella me abría las puertas de su casa.

—Pues adelante, llámala...

—Sí.

《 Por teléfono 》

—¿Will?

—Sí.

—¡Will! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal has estado?
—Tía, tenemos muchas cosas que contarnos, pero ahora necesito tu ayuda urgentemente.

—Claro, dime, ¿cómo te ayudo?...

—¿Podrías contratar un helicóptero para que venga a Irlanda?

—Está bien, pero solo si te vienes a pasar unos días a Arizona conmigo.

—No se me ocurre lugar mejor...

—Ahora mismo lo envío. Dime la dirección.

—Montañas Wicklow, en una casa en el interior del bosque.

—Perfecto. ¡Hasta pronto!

—¡Espera!

—¿Sí?

—No le digas nada a mi madre. Ya te lo explicaré...

—Está bien.

《 Fin de la llamada 》

—¿Va a venir? —pregunto.

—Sí, no tardará en llegar...
—¿Dónde está Jake?

—No lo sé, supongo que mi madre lo estará interrogando...

—¿Lo dejamos aquí, entonces?

—Sí.

—¿A dónde vamos a ir?

—A Arizona, a la casa de mi tía.

—¡¿Arizona?!

—Sí.

—Pero... Está muy lejos de aquí...

—No te preocupes, seguro que te gusta...

—Vale.

—¿Y vamos a ir empapados y tú sin camiseta?...

—Sí, no hay problema. En cuanto lleguemos a casa de mi tía nos pondremos otra vestimenta. Lo siento. Respecto a mi pecho al descubierto, el piloto me dejará algo...

—Ja, ja, ja...

—¿Te puedo pedir una cosa?

—Sí, lo que quieras...
—Me podrías dar un abrazo...

—Sí —digo y lo abrazo sin saber muy bien por qué quiere uno.

Estamos abrazados un buen rato y no pasa mucho tiempo más hasta que llega el helicóptero...

Nos subimos y me parece mucho más pequeño por dentro.
Mientras que por fuera es de un color negro brillante, por dentro los asientos son de cuero gris.

Al final, el copiloto le ha prestado una camiseta a Will y nos hemos sentado en los asientos traseros. Aquel también nos ha dado un repaso de las normas de seguridad.
De un momento a otro, ya nos encontramos en el aire elevándonos más y más...

Siento que el estómago me empieza a jugar una mala pasada y las náuseas vienen a mí sin que pueda evitarlo.
Will, al percatarse de ello, me da una bolsa de plástico para que pueda vomitar tranquila, cosa que hago enseguida...

Después de haber vomitado unas cuantas veces más, noto que mi mente se ha despejado...
Mis ojos se centran en Will, que no sé en qué momento se ha quedado dormido.

Su pelo castaño despeinado y sus labios entreabiertos hacen que no pueda apartar la mirada de él...

Me sorprendo cuando su cabeza se apoya en mi hombro. Es reconfortante sentirlo cerca de mí...
Al pensar esto último, me pregunto si estoy empezando a sentir algo por Will...
Después de que voluntariamente lo hubiese besado, todo se había vuelto un poco diferente en cuanto a nosotros...
Daba la impresión de que no necesitaríamos fingir demasiado...

Pasaron unas dos horas y también me quedé dormida, hasta que me desperté al notar que el copiloto se giraba en nuestra dirección.

—Tenemos un problema —anuncia.

—¿Qué pasa? —contesta Will y me doy cuenta de que su brazo está rodeándome.

—No podemos seguir hasta Arizona. El helicóptero necesita recargar su batería por dos días. Así que, tendremos que parar en Canadá.

—Está bien —responde—. ¿Ya te has despertado? —dice en mi dirección.

—Sí —digo y él extiende su mano hacia mi cara, a lo que yo me retiro un poco...

—Espera. No te muevas. —dice Will.

Asiento con la cabeza y él retira el mechón de cabello que me tapaba casi toda la mejilla.

—Es que estás más guapa así... —dice tímidamente y yo suelto una risita tonta y noto como el rubor aparece.

—No tardaremos en llegar —nos informa el copiloto.
—Vale —decimos al unísono.

No pasan ni unos minutos cuando el helicóptero comienza a descender.
El sonido del motor es mucho más notable y se mueven mucho más los asientos que en todo el camino recorrido.

No sé por qué noto que Will me sujeta con mucho más ímpetu que antes y su mirada se pierde en la ventanilla que deja ver las nubes y el atardecer.
Miro minuciosamente su rostro y descubro que algo no está del todo bien en su mirada.
Sus ojos se sienten apagados y no entiendo el porqué...
De repente se oye un sonido inusual y el helicóptero se tambalea mientras cae con más rapidez.

—¡Mierda! —dice el piloto.

—¡Jena! ¡No! ¡No! ¡Bastaaa!

Había dicho aquello gritando...
Sus lágrimas amenazaban con derramarse y su cómoda postura de hacía unos minutos se había vuelto agitada y violenta.
Se estaba intentando desabrochar el cinturón...
No entendía qué le estaba pasando...
Y solo podía hacer una cosa...

CAPÍTULO 9:
Canadá

—¡Cálmate, Will! —digo sujetándole las manos para que no se lo desabroche.

—¡Déjame, Jena! ¡No voy a permitir que mueras como mi padre!

Al oír sus palabras y ver sus lágrimas caer, un sentimiento que no conozco aparece. No sé cómo reaccionar ante esto...

—Yo... Will... Yo...

—No digas nada, Jena, solo... Solo saltemos, saltemos juntos de este trasto.

—No se preocupe, señor, ya está arreglado. En unos minutos tocaremos el suelo —anuncia el copiloto.

Al escuchar esto, me doy cuenta por fin de que a través de la ventana se ven los altos edificios y la ciudad.
Canadá nos espera por dos días.
Will se ha calmado un poco y apenas me entero cuando el helicóptero toca tierra.
Él me ayuda a bajar y se pone a hablar con el piloto. No oigo muy bien lo que dicen porque estoy fascinada con el paisaje ante mis ojos...
Normalmente, me gustan más los paisajes naturales que los urbanos, pero esta ciudad, que parece que se abre paso en el mar, me fascina...
Tan embobada estoy que Will me acaba de decir algo y he asentido sin tener ni la menor idea de lo que me había podido pedir...

—Vamos —dice y nos acercamos a la carretera para que un taxi nos recoja.

—Ya está anocheciendo. ¿Dónde vamos a dormir estos dos días?

—No tengo dinero y mi tía solo ha contratado el helicóptero. El taxi lo pago con el dinero que me ha prestado el piloto... No creo que consiga un buen hotel, nos tendremos que conformar con un hostal.

—Yo tampoco tengo dinero, lo dejé en el bolso que llevaba y no sé qué ha sido de él... La última vez que lo vi fue antes de que vinieses de la nada y me besases...

—Lo siento...

—No pasa nada; si no fuese por ese beso, no estaría viendo Canadá.

—Sí; y yo no estaría viéndote, cosa que me encanta... —dice y no sé por qué me vuelvo a ruborizar.

¿Qué me está pasando últimamente?...

No esperamos nada y nos montamos en el taxi. Will les dice que nos lleven al hostal más próximo.
Y el trayecto se hace muy corto...
Al llegar, le damos lo que le corresponde al taxista y nos dirigimos a la recepción del hostal...

—Hola —decimos.

—Hola —Nos responde el señor gordo y con poco pelo que está detrás de la mesa.

—Necesitamos dos habitaciones para ahora —dice Will.

—Va a ser imposible, solo nos queda una habitación libre.

—¿Solo una? —pregunto con un tono de leve preocupación.

—Sí. ¿No me ha oído? —responde cortante.

—¿Nos deja hablar un momento? —pregunta Will.

—Como queráis —responde y nos alejamos un poco.

—¿No te importa? Yo duermo en el suelo.

—No, no te preocupes —asiente y nos acercamos de nuevo.

—Queremos la habitación.

—¿Cuántas noches?

—Van a ser dos.

—Son 75$ en total.

—Aquí tiene —Will le da el dinero.

—El primer piso, la puerta número 17.

—Vale, gracias.

Dicho esto, comenzamos a caminar y vamos hacia el ascensor... hasta que nos damos cuenta de que nos toca subir las escaleras porque no funciona.
Subimos tranquilamente y llegamos al pasillo.
He de recalcar que todo el lugar es horrible. Es muy antiguo y no está muy bien cuidado. Hay grietas por las paredes y muchas de las luces del pasillo parpadean, pero es lo más barato y cercano que había según el taxista que inmediatamente nos ha traído aquí.

Llegamos a la puerta número 17 y, nada más abrirla Will, sale una cucaracha disparada hacia nosotros.
Ambos nos miramos y nos sonreímos por la situación.
Entramos y me alivia saber que por dentro está muy bien en comparación con todo lo demás.
Hay una cama grande en el centro y dos mesitas a los lados de esta.
No hay nada más que un armario y un mueble para dejar las cosas.
La puerta que se ve a la derecha es la del baño. La abro y veo que no está nada mal. La ducha es muy pequeña, pero está todo limpio.
Parece que no soy la única que se alivia, puesto que Will acaba de suspirar.

—No está nada mal, eh... —me dice.

—Sí, me lo esperaba mucho peor.

—Voy a cerrar la puerta.

—Vale —contesto y la cierra.

—Siento que solo hayamos podido tener una habitación.

—No te preocupes.

—Dormiré en el suelo. Seguro que en el armario hay mantas para que pueda dormir encima —afirma, abre el armario y saca dos edredones y una almohada—. Perfecto.

—¿Qué vamos a cenar?...

—Aún tengo dinero... ¿Qué te parece si vamos a una hamburguesería?

—Me parece muy bien —digo y nos sonreímos de nuevo.

—Vamos.

Salimos del hostal y ponemos el GPS para saber a dónde dirigirnos.
Por suerte la hamburguesería no está muy lejos y no tardamos en llegar.
Entramos y no hay casi gente, aunque no me extraña dado que ya son casi las dos de la mañana.
Pedimos que nos sirvan a la mesa y nos sentamos en una próxima a la ventana.
Y pronto una chica viene con nuestra comida...

—¡Tú eres William Hill! —dice al verle la cara.

—Sí.

—¿Me podrías firmar un autógrafo?

—Sí —dice y le firma en una servilleta con el boli que le ha dado la chica, la cual ni se ha percatado de mi presencia hasta ahora.

—¡Ah! ¿Tú eres su novia? ¿No?

—Sí.

—¿Os importaría que me hiciera una foto con vosotros?

—No, si quieres nos la hacemos —contesta Will.

—¡Sois la pareja londinense del momento! ¡No me creo que estéis en Canadá!

Nos levantamos y nos hacemos la esperada foto. Luego, la chica se está poniendo muy pesada, por lo que Will la echa educadamente.

—No sabía que éramos famosos —le comento a Will.

—Es lo que tiene estar conmigo...

—Ya veo...

—Es buena señal que te haya reconocido también.

—Sí. Eso significa que lo tiene más difícil tu madre, ¿verdad?

—Sí. Comamos.

—Cierto —digo y nos reímos.

Terminamos de comer y salimos del restaurante.

—Está bien comer comida basura de vez en cuando...

—¿No sueles comer?...

—Qué va, hacía tres años que no comía. Siempre que he comido, ha sido cuando me he peleado con mi madre.

—Vaya, sí que ha pasado tiempo... ¿Y por qué cuando te peleabas con tu madre?

—Porque, siempre que me peleaba, me iba con mi tía... Y, cuando se mudó, ya no tenía a dónde ir para estar tranquilo, así que me venía a las hamburgueserías porque sabía que nunca me encontraría aquí...

—Entiendo. Tu madre me da miedo...

—Lo raro sería que no te lo diese —dice y nos comenzamos a reír.

—¿Cómo eras de pequeño? —indago.

—No sé, era bastante travieso...
Me encantaba jugar al escondite. Siempre que me tenía que esconder me ponía supercontento cuando nadie me encontraba. Me trae muy buenos recuerdos... —afirma nostálgico y luego se dirige a mí—. ¿Y tú?, sé muy pocas cosas de ti y me gustaría saber más...

—A mí también me gustaba el escondite, pero lo que siempre me ha gustado es dibujar.
Me encantaba que me dieran un montón de ceras de colores y dibujar.
En aquel tiempo, eran más bien garabatos, pero me lo pasaba genial haciéndolos...

—¿Por eso estudias Bellas Artes?

—Sí. Hablando de eso... ¿Gastón Tale?

—Ah, no te preocupes. Te dará clases igualmente, estemos donde estemos.

—Vale.

—Nunca había estado así en Canadá.

—¿Así?...

—Paseando, disfrutando de la ciudad y sobre todo en compañía... Siempre que he venido, ha sido a reuniones y luego me iba.

—¡Oh! Me alegro de que lo disfrutes, entonces. Yo también lo estoy haciendo. Parece que, después de todo, no va a ser tan malo el asunto del beso...
—Ah, ¿no? —pregunta y se va acercando a mí lentamente. Luego me coge de los hombros.

—¡Suéltame, Will! No estoy para bromas.

—No es ninguna broma —dice y me roba un beso fugaz.

—Idiota —le insulto y este se empieza a reír.

—Lo siento, pero la culpa la tienes tú por provocarme.

—Seguro... —digo e intento contener la risa. Pero cuando me mira, no puedo evitar reír y él tampoco...

—Me encanta estar contigo —suelta y me ruborizo, por lo que giro la cabeza para mirar en otra dirección.

—¡Uy! Te has puesto roja. ¿A que sí?

—No.

—Pues mírame —me reta y lo hago.

—Aquí está. ¿Ves? —dice con voz de niño tocándome con un dedo las mejillas.

—¡Que no! —exclamo avergonzada.

—Pero no te enfades. Me encanta saber que soy yo el que provoca que te ruborices... Eh, eh... —dice levantando las cejas con tono pervertido.

—Ah, ¿sí?
—Sí.

—¡Pues que sepas que…!

Me paralizo al saber que la razón por la que mis palabras no acaban de salir de mi boca es porque Will me está besando.
Me planteo la posibilidad de parar el beso.
Pero sus labios son tan maravillosos… Cierro los ojos y le sigo el beso hasta que ambos nos separamos de nuevo por falta de aire.



CAPÍTULO 10:
Una noche juntos

—Creo que deberíamos volver ya —afirmo.

—Sí, yo también lo creo.

Caminamos lentamente hasta que llegamos al hostal. Subimos a la habitación y entramos dejando el terrorífico pasillo de las cucarachas tras nosotros.

—Necesito ducharme —anuncio.

—Yo también. Las damas primero.

—No voy a decir que no en esta ocasión —respondo y me encierro en el baño.

No puedo evitar mirarme los labios en el espejo y pensar en Will o, mejor dicho, en el beso de hace unos minutos con Will...

No entiendo muy bien por qué nos hemos vuelto a besar, pero se está volviendo algo bastante natural, cosa que me gusta, pero a la vez me asusta. No sé por qué...

Me quito el vestido azul y lo doblo para después volvérmelo a poner porque no tengo otra cosa...
Enciendo el agua caliente y me meto en la ducha una vez la temperatura es la idónea. Dejo que el agua caiga sobre mí y me relaje...
Busco champú y me alegra observar el dispensador que hay justo al lado del soporte del mango.
Me echo en la palma y me enjabono el cabello y el cuerpo. Una vez que el agua me quita el jabón, me doy otra pasada por manía y después de enjuagarme salgo de la ducha.
Me seco con la toalla y me vuelvo a colocar la ropa interior y el vestido azul. Me enrosco una toalla en el pelo y salgo del baño.

Al salir, me sorprende ver que Will está tirado en un lado de la cama muy dormido. No sé qué hacer. No quiero despertarlo, ya que hemos tenido un día movido…, así que me decanto por colocarme a su lado y esperar hasta quedarme dormida.

Me pongo de lado mirando en la dirección contraria a Will y pienso en lo que ha pasado hasta el momento...

Pero algo me asombra y es que Will me acaba de abrazar sigilosamente.

No digo nada e intento quitarle el brazo por lo menos. Pero él me sujeta con más fuerza. Intento darme la vuelta y lo consigo. Ahora me abraza igualmente, pero veo su cara a centímetros de la

mía en vez de ver el armario...

Sus ojos están cerrados. Yo cierro los míos para intentar que los nervios me abandonen, pero no sé por qué me da por abrirlos. Y, ahora, ambos se encuentran...

—¡Oye! ¿Tú no estabas dormido?

—Sí, lo estoy...

—Suéltame y vete al suelo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque quiero dormir contigo...

—Pues yo no.

—Pero... ¡Qué más te da! —suplica poniéndome morritos.

—Si no me tocas, te dejo.

—Prometido —dice, me suelta y se aleja lo máximo que puede.

—Está bien.

—Apaga la luz.

—Sí... —la apago y pasa un buen rato hasta que me quedo dormida.

Me despierto y lo primero que veo es que la pierna y el brazo de Will están encima de mí… y que él sigue dormido.

—¡Despierta!

—¿Eh? —dice con la voz ronca.

—¡Quítate! —exclamo.

—Ah, perdón —dice y se levanta.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunto.

—Ahora llamaré al piloto para preguntarle por el helicóptero y, si no, llamaré a mi tía para que

nos envíe otro. Necesitamos irnos ya —afirma.

—Vale.

—Me voy a duchar primero y luego llamo. Coge el dinero que sobró de ayer y ve a comprarte algo de desayunar. No tardes —me ordena.

—Sí, señor —respondo con burla y él se ríe mientras entra en el baño cerrando la puerta tras él.

Salgo y me dirijo al supermercado que vimos al volver ayer.
Me alegro al ver que está abierto.
Entro y compro lo que veo para desayunar. Pago y vuelvo a la habitación.

Al abrir la puerta, no puedo quedarme más embobada al ver a Will semidesnudo saliendo del baño con la toalla abrochada a su cintura y su pelo mojado. Este provoca que las gotas de agua se deslicen por su pecho descubierto.

—¿Ya has venido? —me pregunta.

—Eh, sí... Siento haber entrado sin avisar...

—No te preocupes, es que he hablado ya con mi tía y el piloto y he tardado más en entrar a la ducha.

—Ah... ¿Y qué te han dicho? —digo sin poder apartar la mirada de su torso.

—El piloto me ha dicho que no tardará en cargarse la batería del motor y que podremos salir a las 20:00.

—¡Qué bien! ¿Pero el dinero de esta noche?

—No te preocupes, da igual si se lo quedan...

—¿En serio? Pero intenta que te lo devuelvan al menos...

—Sí, claro. —me da la razón.

—Vamos a desayunar.

—Sí. ¿Qué has traído?

—Galletas, magdalenas y un zumo de naranja para cada uno.

—¡Pues comamos rápido! Que no podemos irnos de Canadá sin ver el parque Nacional Banff...

—¿Cómo es? —pregunto.

—¿Sabes qué? Vamos ahora y desayunamos ahí.

—Pero...
—¡Shh! Vamos.

Dicho esto, se va al baño y se viste.
Cuando sale me coge de la mano y me arrastra fuera de la habitación.
Cierra la puerta y corremos escaleras abajo.

Nos despedimos y por suerte le devuelven el dinero de esta noche.
Ahora hemos cogido un taxi y nos dirigimos al parque...

Todo el camino nos lo pasamos hablando de todo tipo de cosas.
Pero nuestro tema preferido es la música. Me sorprende saber que ambos compartimos gustos musicales, nos encanta el *soul* y la música instrumental (sobre todo de piano).

Hace tiempo que hemos dejado la ciudad y ahora la canción que suena en el coche, *Colour Me* de Juke Ross, acompaña a la perfección el paisaje montañoso que se abre paso.

Y, sin darnos cuenta, con el final de la canción, llega el final del trayecto…

CAPÍTULO 11:
La propuesta

Estoy tan impresionada que no me doy ni cuenta de que Will me acaba de abrir la puerta del taxi. Él suelta una risita y me extiende la mano. Se la cojo y salgo.

—Gracias. Tenga el dinero —le dice Will al taxista y este se despide de nosotros deseándonos que lo pasemos bien.

Una vez se ha alejado el taxi, Will empieza a correr arrastrándome con él.

—¡No corras, Will! ¡Me voy a caer!

—No te caerás, lo prometo.

—¿Pero por qué corremos?...

—Porque estoy ansioso de que veas el lago Moraine.

—¡¿Hay un lago?!

—Sí; y sé que te va a encantar.

—¡Vamos! ¡¿A qué esperamos?! —digo y ambos corremos de la mano mucho más rápido que antes.

Sin esperarlo, una rama me hace tropezar y casi me caigo, pero gracias a los reflejos de Will mi cuerpo no toca el suelo, ya que, con la mano que me tiene agarrada, lo ha evitado.

—Gracias.

—¿Por qué? Si ya te había dicho que no te caerías...

—Igualmente, gracias.

—No hay de qué, linda —responde guiñándome un ojo y el rubor (¡cómo no!) vuelve a mis mejillas.

—Jena...

—¿Sí?

—Para —ordena.

—¿Eh?...

—Déjame llevarte en brazos.

—¿Qué? ¿Por qué?...

—Porque quiero que cierres los ojos y que cuando los abras veas el lago. Y todo sin caerte, así que no veo mejor forma...

—Vale —accedo y me subo a su espalda.

Cierro los ojos y me centro en el olor que desprende Will... Me encanta. Es un olor indescriptible, único. Jake huele muy bien, pero Will...
Me relajo y apoyo la cabeza ligeramente entre su hombro y su cuello aspirando con más intensidad su olor.
Noto su respiración y sus pasos, cosa que me relaja un montón. No pasa mucho más y Will se para en seco.

—Ya puedes abrir los ojos, Jena —anuncia.

—¡Qué preciosidad! —exclamo.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Otra?

—Mejor que esta —afirma.

—¿Mejor? ¿Se puede?

—Sí. ¿Ves esas barcas de ahí?

—¿¡Vamos a subirnos en ellas!?

—Sí, pero antes tenemos que desayunar. Nos podemos sentar ahí —dice señalando una roca.

Yo asiento, nos colocamos y comenzamos a comernos las galletas.

—Jena...

—¿Sí?...

—Hay algo que me gustaría hacer contigo...

—¿El qué? —respondo con una pregunta.

—Es una tontería, pero lo sabrás cuando estemos en la barca.

—Vale, pues come rápido —le ordeno y ambos empezamos a competir.

—Ya casi hemos acabado. Voy a pedir unos remos y a pagar la barca. Tú espérame aquí —me dice.

—Está bien —respondo y veo cómo se aleja. Me pregunto qué querrá hacer conmigo...

No pasa mucho tiempo y vuelve con una sonrisa de oreja a oreja. Me extiende la mano para ayudarme a bajar de la roca y nos dirigimos a las barcas.
No sé por qué estoy tan ansiosa por subirme.
Supongo que, aparte de por lo bonito del paisaje, es por lo que me ha dicho Will...

—¿Cuál es tu color favorito?

—El rojo. ¿Y el tuyo?

—El azul.

—Cierto. Ya no me acordaba de tu habitación celestial...

—¡Qué graciosilla! —exclama entornando los ojos—. Vamos a elegir la barca roja —anuncia y se sube en una. Luego me ayuda a subir también.

—Esto es muy difícil —confieso intentando remar para salir del muelle.

—Tú no te preocupes. —afirma.

Comenzamos a movernos gracias a él y no nos demoramos en estar alejados de la caseta de las barcas.
Al ser un lago, no se mueve el agua, por lo que la paz inunda la situación.
Estoy demasiado maravillada, me encantan los paisajes naturales y este es uno de los más bonitos que he visto en mi vida...
De repente, me giro para ver a Will y lo descubro observándome. Intenta apartar la mirada por timidez, pero al ver mi sonrisa sigue mirándome.

—¿Me contestarías a una pregunta?

—Ya lo he hecho... Es broma, claro que sí.

—Sé que es algo precipitado, pero siempre intento ser sincero en cuanto a mis sentimientos, aunque estos a lo mejor sean un poco repentinos.
No sé cuándo ha pasado exactamente, pero ha pasado. Me gustas mucho...
No sé si es esto a lo que llaman amor, porque nunca había sentido nada por nadie, hasta que te besé.
Y prefiero decírtelo ahora que arrepentirme de no hacerlo...
Sé que, tal vez para ti, no soy más que el idiota que te robó un beso para huir de su matrimonio, pero yo te veo como la única chica de la que me podría enamorar...

¿Te gustaría intentar dejar de ser mi novia ficticia y convertirte en la verdadera?

—Will, solo te puedo decir que yo también siento cosas por ti... Tampoco sé cuándo ha pasado ni qué son, pero lo que sé es que no tiene sentido que te diga que no.

—¿Eso significa?...

—Sí, ahora somos novios. Intentémoslo —afirmo.

Me parece raro decirlo en voz alta, pero la expresión de alegría de Will, junto con ese leve rubor y esa sonrisa que deja ver sus hoyuelos, hacen que quiera volverlo a decir.

Sus pupilas brillan y siento que las mías deben de estar igual, porque esa misma sonrisa también se ha dibujado en mi rostro.
Ambos nos hemos quedado así, en silencio. Supongo que es porque lo estamos procesando...
Parece que él lo ha asimilado antes que yo, porque se acaba de acercar a mi lado de la barca y me acaba de retirar detrás de la oreja un mechón de pelo...
En vez de quitar la mano una vez lo ha retirado, la coloca en mi mejilla y, poco a poco, con ese mismo brillo en sus pupilas, sus labios se aproximan a los míos...
Y cuando están al centímetro de juntarse pasa algo inesperado...

—¡Aahh! —grito moviéndome descontroladamente para poder volver a subir en la ahora volcada barca.

—¡Jena! ¡Jena! ¿Estás bien? —me pregunta Will cogiéndome por la cintura y elevándome a la superficie.

—Sí —le respondo—. ¿Tú?

—Sí, pero creo que la barca se está hundiendo...

—¡Ala! —digo y las carcajadas salen de ambos.

—Jena...

—¿Sí? —respondo girando en su dirección y él me roba un beso.

—Tenía que hacerlo —dice soltando una risita.

—Eso ha sido a traición. Ahora me toca a mí...

—Estoy deseándolo —afirma subiendo y bajando las cejas mientras me dedica una mirada pervertida.

—¡Eres idiota! —le aseguro y le tiro agua en la cara.

—¡Uy, uy! Eso no, Jena, que no acabará bien... —dice riéndose.

—Tienes razón. ¡Seguro que acaba mal! —respondo tirándole más agua.

Él se separa de mí y comienza a mojarme también. Y, así, comienza una guerra fea acompañada de carcajadas.

—¡Me rindo! —me dice con las manos en alto.
—¿Ves? Sabía que iba a ganar yo...

—Ven, que te doy tu premio...

—¿Qué clase de premio?



CAPÍTULO 12:
Arizona

—Ven y lo sabrás —dice y me acerco nadando hasta él.

—Ya me lo puedes dar.

Justo después de decir estas palabras, Will acorta la poca distancia entre nosotros y...

—¡Eh! ¡Vosotros dos! ¡No podéis estar en el agua! —nos grita un señor a lo lejos interrumpiéndonos.

—¡Disculpe! —le grito yo.

Will y yo nos disponemos a salir del lago. Una vez fuera, el señor nos empieza a echar la bronca por habernos metido en el agua (pese a que fue por culpa de la barca, que ahora debe de estar en las profundidades del lago...).
Cuando acaba, Will coge su móvil y su cartera y mira la hora. Ya son las 19:40, la hora justa para volver en taxi hasta el helicóptero para irnos a Arizona.

Will llama al taxi y no tarda mucho en venir. Nos subimos con toallas debido a lo empapados que estamos y el sueño se apodera de mí enseguida...

—Mi niña, despierta, ya hemos llegado al helicóptero...

—Ah, perdón... —digo con los ojos medio cerrados y la voz demasiado débil de recién levantada.

—No te disculpes. Sigue durmiendo... —me responde, me desabrocha el cinturón y me coge en sus brazos a modo de bebé.

Su olor sigue siendo el inconfundible olor de Will...
Lo adoro, cierro los ojos y me centro en él. Podría estar así siempre, pero por desgracia el trayecto ha sido realmente corto.
Noto como subimos al helicóptero.
Él me deja en el asiento, me abrocha el cinturón y con delicadeza me da un beso en la frente. Luego de eso, se sienta a mi lado, nos envuelve con una manta que no sé de dónde ha sacado y me abraza.

A los pocos segundos, el motor se enciende. El sonido de las aspas retumba en el interior y poco a poco vamos elevándonos en el aire. Y nuevamente el sueño se apodera de mí...

Al despertar, lo primero que veo es a Will también dormido. Realmente, se ve súper tierno así... Me dan ganas de besarlo...
Lo dejo pasar y miro por la ventana de enfrente y me sorprendo al ver que es de noche.
El cielo es realmente precioso....
Las estrellas y la luna se ven extremadamente cercanas y su luz ilumina el interior del helicóptero junto con las luces de la parte del piloto.
Me quedo mirándolo todo el rato intentando descifrar las estrellas que vislumbro entre las nubes.

—¿Son preciosas, verdad…? —me pregunta Will en un susurro cerca de mi oreja.

—Sí, lo son —digo girando la cabeza un poco para ver su rostro con esta iluminación tan magnífica.

—Me encantan tus ojos... —confiesa mirándome con una sonrisa sincera dibujada entre sus dos mejillas.

—Gracias... —le sonrío.

—Mi tía Yolín te va a caer muy bien.

—Seguro que sí.

—En un rato la conocerás; mientras dormías, he hablado con ella y le he dicho que ahora eres mi novia y que me he enamorado de ti. Tiene muchas ganas de saber qué chica ha conseguido encandilarme.

—¡Oh! Yo también tengo ganas de conocerla...

—Jena...

—Will...

Decimos al unísono.

—Tú primera... —dice y yo asiento.

—¿Te puedo confesar algo?

—Ya te dije, dime lo que quieras.

—Sí. Pues… hace unos minutos, mientras dormías, yo... Tenía ganas de besarte...

—¿Qué dices? Yo te iba a decir algo parecido... —le comento sorprendida.

—Ja, ja, ja... —se ríe—. Si es que tenemos telepatía...

—Será, ja, ja, ja... Pero... —digo cambiando mi expresión a una totalmente opuesta—. ¿Y ahora?

—¿Ahora...?

—Que si ahora tienes ganas de besarme...

—No sé... —finge dudar para picarme, pero yo también sé jugar— ¿Ahora? —digo pegando su rostro al mío con una sonrisa.

—Ahora... Sí...

Cuando ese «Sí» sale de sus labios, con delicadeza se inclina y me besa. Al principio, pensé en apartarme, pero yo quería este beso casi tanto como él... Los dos notamos como nuestra respiración se vuelve más inestable y las ganas de ambos se funden en el tan dulce beso.

—En nada descenderemos —anuncia el copiloto que ha provocado que nos espantemos y nos separemos rápidamente.

—Vale —contesta Will.

—Mierda... —murmura para sí.

—No te preocupes...

Él me observa. Yo me abalanzo sobre él y nos besamos nuevamente.
Ahora el beso tierno de hace unos minutos se ha convertido en un beso salvaje y rápido. Noto como nuestras lenguas chocan irresistiblemente y solo puedo disfrutarlo...

Hasta que el helicóptero acaba de descender del todo y estacionarse correctamente, no nos despegamos el uno del otro.

—Jena...

—¿Qué?

—Creo que esto no puede ser.

—¿El qué?

—No quiero dejar de besarte, es muy extraño —dice con una expresión seria. Y después, al ver que me sonrojo y que le sonrío, me sonríe.

—Ya podéis bajar. Estamos cerca de la casa de Yolín —nos dice el piloto.

—Está bien, gracias.

—No hay nada que agradecer —responde y se aleja junto con el copiloto.

Dicho esto, nos bajamos y nos dirigimos al coche que nos espera. No puedo quedar más anonadada al ver un vehículo así. Y mucho más cuando estoy a punto de subirme en uno.

—¡¿Quique?! —dice Will con la felicidad manifiesta en su voz.

—Sí, no te lo esperabas, ¿eh…? Yolín me ayudó a venir. ¿Qué harías sin tu chófer? Ahora te contará, pero tu madre me intentó sobornar para hacerte una trampa ante la prensa.

—No haría nada, ja, ja... ¿Ha caído tan bajo? ¿En serio...?

—Eso parece.

—Bueno, vamos. ¡Qué ganas tengo de ver a mi tía Yolín! —exclama y luego se gira a mi dirección—. Jena, ¿te gusta...?

—¡Es una pasada! ¡No me creo que me acabe de montar en un Ferrari! ¡De verdad que es precioso!

—Bueno, lo más precioso está en frente de mí...

—¿Qué? —finjo no haberlo escuchado para que lo repita, pero no lo hace...

—Nada... —responde.

—Dímelo —le insisto, pero se niega a responderme.



CAPÍTULO 13:
La tía Yolín

El camino se hace realmente corto. Solo se visualizan palmeras y luces que iluminan la oscuridad nocturna.

Me sorprendo demasiado cuando veo que acabamos de aparcar en un chalet enorme.

Miro por la ventana mientras Will se baja y da la vuelta para abrirme la puerta. Una vez me la ha abierto, me da la mano y salgo (a mi pesar) del tan cómodo coche.

Ahora la casa se ve en alta definición. Es preciosa...

El patio delantero tiene el suelo de mármol gris y en los laterales se puede ver césped. Pegados al muro que rodea la casa, hay arbustos y plantas muy bien cuidadas, pero lo que más atrapa mi atención es una fuente en forma de espiral. Nunca había visto algo así. Es demasiado impresionante.

La fachada de la casa también tiene detalles en mármol gris, pero en su totalidad es blanca. Se puede ver un balcón con barandillas negras que rodea la azotea. Y las ventanas también tienen los marcos en negro.

La casa es maravillosa, pero no me da tiempo a admirarla más, porque Will me está arrastrando hacia la puerta principal, que (no cabe decir) es de color blanco también.

Ni siquiera hemos llegado del todo y un señor uniformado con esmoquin nos abre la puerta. Luego, una mujer de pelo rubio con un vestido color negro muy elegante se abalanza sobre Will.

—¡Will! ¡Tenía muchas ganas de verte! —dice mientras lo besuquea, así que supongo que debe de ser Yolín.

—¡Tía! ¡Te he echado de menos! —asegura abrazándola. En esto que Yolín se gira en mi dirección y se separa de Will.

—¡Tú debes de ser Jena! —exclama entusiasta, lo que hace que inmediatamente me caiga bien.

—Sí. ¿Y tú Yolín...?

—Sí. Disculpa mis modales, es que hace mucho que no veo a mi sobrino... —dice y me da un beso.

—No pasa nada. Me alegro de conocerte.

—Yo también. No sabes cuánto... Te puedo enseñar fotos de Will de bebé —sugiere y veo cómo lo mira con una sonrisa de oreja a oreja...

—¡Tía! —la apela y los tres nos reímos—. Vamos, pasad, que estaréis cansados... —ordena y los tres entramos en el maravilloso chalet.

Si por fuera es bonito, por dentro mucho más. El suelo es de parqué color marrón claro. Las paredes y los techos son blancos.

La decoración es magnífica, muy bien distribuida en detalles dorados y plateados. Las puertas son blancas también y todo está impoluto...
Se ve que las puertas son solo para las habitaciones porque hemos llegado al salón-cocina cuyos colores son los mencionados anteriormente…

Pero lo mejor de todo es que lo que se ve al final son unas cristaleras que dan a un porche precioso de rollo *chill out*. Al final, se ve un hermoso jardín con piscina.

Nos hemos sentado en el sofá de cuero negro con cojines blancos, grises y de diversos tonos de ámbar.

—Will, tenemos mucho de lo que hablar, pero os voy a dejar porque estoy muy cansada... —anuncia—. Pedidle a Jeff lo que queráis.

—Vale, que descanses —decimos al unísono y la vemos alejarse.

—Jeff —apela Will.

—¿Sí…?

—Prepáranos algo de cenar, por favor.

—¿Qué quieren los señoritos? —pregunta.

—¿Qué te apetece, Jena? —inquiere Will en mi dirección.

—Me da igual...
—Pues cualquier cosa. Llévanoslo al jardín.

—Como guste —responde y se va.

—Vamos, Jena —dice levantándose y cogiendo mi mano para arrastrarme al exterior.

Abrimos las cristaleras y optamos por sentarnos en uno de los sofás que hay justo al salir.

—Preciosa.

—Dime —le contesto al instante con una sonrisa.

—Mañana te compraré ropa.

—No hace falta, este vestido no está tan mal...

—¿Que no? ¡Claro que hace falta! Es culpa mía que no tengas tu ropa y también que el vestido esté como está.

—Tu camiseta y tus jeans están igual... Así que, si me compras ropa, compras para ti también.

—Trato hecho. Mañana nos vamos de compras.

—Vale —sentencio—. Por cierto, me encanta la casa de tu tía...

—¿Sí? Pues cuando nos casemos te compraré una así... —suelta sin más...

—¿En serio? —digo con la sorpresa en mi rostro ante tal convencimiento.

—Sí. ¿Te parece...?

—No sé... Igual es un poco precipitado hablar de boda...

—Tienes razón, aún hay tiempo.

—Sí...

Un silencio incómodo se abre paso y por suerte ya viene Jeff con dos platos enormes tapados en el brazo.

Nos levantamos, nos ponemos en la mesa que hay y nos muestra nuestra cena. Es un bistec enorme con patatas y ensalada a su alrededor. Huele muy bien. Una vez se lo agradecemos y se marcha, Will y yo comenzamos a comer como quien no ha comido en mucho tiempo...

No hablamos mucho; más bien, no hablamos nada. No sé por qué ahora estamos solamente comunicándonos con los ojos...
Pero una vez acabamos ambos (él un poco antes que yo) comienza a hablar...

—Jena.

—Will —le respondo con la misma entonación.

—Lo siento.

—¿Por qué?
—Por lo de antes, te habrás sentido incómoda.

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Es que me ha sorprendido, eso es todo.

—Pero, ¿no estás enfadada?

—No.

—Genial, pues sígueme... —ordena.

—Vale, voy... —respondo y nos alejamos hasta llegar a la otra punta de la piscina cuya luz tenue ilumina un poco el césped.

Will se para y se sienta al borde de esta. Me invita a su lado, me siento y admiro el azul celeste del agua...

—Tengo algo para ti —anuncia.

—¿El qué?...

—Luego te lo doy, ahora quiero estar aquí contigo.

—Vale —digo casi en un susurro.

—Háblame más de ti...

—¿Qué quieres saber?

—No sé, sobre tu familia...
—Bueno, digamos que, desde que era pequeña, he estado más con mi abuela... Bueno, antes mis padres me llevaban con ellos y me tuve que cambiar de colegio unas tres veces, por lo que fui a distintos países, pero no era bueno para mí y decidieron que me asentara con ella.

—¿Por trabajo?

—Sí; ahora están en Japón. Sé que se preocupan por mí, pero siempre los he tenido como algo abstracto...

—Te entiendo, me pasa algo parecido con los míos. Es como si no los conocieras, porque no te

han dado el cariño que necesitabas... Sin embargo, tu abuela sí, como mi tía Yolín a mí.

—Exactamente —afirmo—. ¿Y tú qué me cuentas...?

—Ya sabes muchas cosas...
Mi padre murió en un helicóptero de camino a Londres y mi madre es quien lleva Pryn Hill desde entonces. Yo apenas tenía catorce años, así que no podía encargarme de nada...

—Lo siento...

—No te preocupes. No éramos demasiado cercanos, se pasaba el día trabajando en su oficina... Yo sólo lo veía los domingos cuando veníamos a ver a mi tía Yolín. Por alguna razón, mi madre siempre peleaba con él porque nunca quería que fuéramos con mi tía...

—¿En serio sólo lo veías los domingos…?

—Sí; bueno, y cuando asistía a las reuniones desde que fui por primera vez. Mi tía y él se llevaban muy bien, pero a mi madre no le cae bien mi tía. Por eso, cuando me enfadaba venía con ella, porque sabía que mi madre no vendría aquí. Como ahora...

—Entiendo...

—Pero da igual, hablemos de otra cosa.

—¿Como cuál?

—Como de las ganas que tengo de besarte otra vez —dice y me giro en su dirección.

—Ja, ja. Yo estoy cansada... —miento, ya que en realidad lo de la boda me ha dejado pensando si sólo me quiere para eso— ¿Dónde voy a dormir? —pregunto.

—¿Ya...?

—Sí.

—Vale, pues te acompaño.

—Perfecto.

Al llegar a la habitación en la que voy a dormir, Will me coge en brazos, entra, cierra la puerta y me deja despacio en la cama...
Solo puedo mirarlo con los ojos bien abiertos de la sorpresa. Él está encima de mí con los brazos a ambos lados acorralándome. Me sonríe y me besa, como si todo dependiera de él y de su determinación. Empieza a enfurecerme que me bese sin más y que para colmo empiece a pasar su mano por el escote de mi vestido...

¡¿Qué se cree que está haciendo?! Lo empujo y lo aparto de mí.

—¡¿Qué coño haces, Will?!

—Yo...

—¿Qué? ¿Tú qué? —pregunto entre irónica y enfadada.

—Lo siento. Mira en el primer cajón. Buenas noches —dice y sale de la habitación rápidamente.

Cosa que agradezco, ya que ahora no me apetece verlo siquiera...

Yo… no entiendo su reacción... Pero decido ver qué hay en el primer cajón, así que lo abro y me encuentro un móvil nuevo.
La verdad es que me debía uno después de que lo perdiera por su culpa. Aunque le hubiera dicho que no pasaba nada, sí que era un detalle que esperaba, ya que el dinero no es problema para él (o al menos en ese momento).
No obstante, en el cajón no solo está el móvil...
También hay un camisón que no dudo en ponerme. Tenía unas ganas de deshacerme de este vestido apestoso por un rato...

Una vez la seda toca mi cuerpo, me meto en la cama y no tardo en quedarme dormida...

CAPÍTULO 14:
El famoso restaurador

—Jena... —me dice la voz de una mujer.

—¿Sí…? —respondo y me incorporo.

—Ya son las 12:15 de la mañana y Will nos ha pedido que te levantemos...

—¡Las 12:15! ¡Sí que he dormido! —exclamo y ambas soltamos una risita.

—Bueno, póngase esto que le ha regalado Yolín y baje al salón —me ordena.

—Perfecto —asiento y cojo el precioso vestido color gris claro.

—Cualquier cosa avíseme, la esperamos abajo.

—Vale, gracias —respondo.

Una vez se va cerrando la puerta tras de sí, me pongo el vestido (que es extremadamente cómodo) y bajo.

—¿Ya está, señorita?

—Sí. ¿Dónde está Will?
—Nos dijo que te dijéramos que era una sorpresa... Vamos al coche.

Tras esta orden, me adentro en un coche distinto al de ayer, pero del mismo lujo.

Miro por la ventana para apreciar los paisajes de Arizona... Todo es precioso; las palmeras de ayer, ahora, a plena luz del día, se ven más impresionantes.
Se ve gente en bicicleta, en patines y la mayoría están hablando por teléfono con bolsos y ropa de marcas muy caras.

Seguimos un poco más y el coche se para en una cafetería. Aunque no sé por qué tiene a una persona en la puerta junto a una cuerda de terciopelo roja que impide el paso.
Me abren la puerta y al salir se despiden y me dicen que Will está dentro. El portero me abre sin formular palabra y al entrar veo a Will extendiéndome un ramo de flores sonriendo.

—Buenos días, bella durmiente.

—¿Qué es esto, Will?

—Nada, solo me quería disculpar por lo de ayer.

—No te preocupes. Gracias por las flores, son muy bonitas —digo aceptándolas.

—Vamos a desayunar —dice y nos retiramos a una de las mesas—. Yo pido un cruasán y un café con leche (para tener apetito luego) y Will se pide tostadas con tomate y un cortado.

—Ahora iremos de compras, pero… —se frena para hacerse el interesante— ¿A que no sabes quién está de camino?...

—¿Quién?

—Es un gran restaurador... —insinúa.

—¡Gastón Tale! —exclamo— ¡Se me había olvidado!

—Sí. Hoy te impartirá la primera clase a las 17:00.

—¡¿En serio?! ¡¿Ya?!

—Sí...

—¡No sé cómo agradecértelo! —vuelvo a exclamar, pero esta vez dándole un abrazo llevada por un impulso.

—Ja, ja, ja —se ríe y me lo devuelve con fuerza—. Ya veo que te hace mucha ilusión... No hace falta que me agradezcas nada; por mi novia lo que sea —afirma.

Luego nos separamos, pero sus manos permanecen en mi cintura con delicadeza. Empiezo a sonrojarme al notar un ardor ahí abajo...
Una de sus manos empieza a deslizarse para subirme el vestido, mientras la otra me agarra de la nalga derecha para pegarme a él... Luego, sube los dedos por mi muslo hasta llegar a la parte superior de mi tanga...

—Uy, ese rubor otra vez... —afirma haciéndome volver.

—¡Cállate! —le ordeno tapándome la cara con las manos.

—Ja, ja, ja —ríe divertido—... No te preocupes. No sabes lo que me gusta verte así...

—¡Tonto! —digo y ambos nos reímos, aunque supongo que por cosas distintas, porque el insulto para mí era por no hacer realidad mi imaginación, lo que ha suscitado mi risa.

Acabamos de desayunar y nos dirigimos al centro comercial más próximo.

Me encanta ver que, aunque haya las mismas tiendas que en Londres, todas tienen cosas distintas. Vamos entrando en todas ellas y nos lo probamos todo.

—Jena, pruébate esto —dice dándome un top color mostaza.

—¡Qué bonito! —exclamo— Tú pruébate la camisa esta —sugiero dándole una blanca con estampado de flores mostaza.

—¡Vale!

Entramos y nos queda bien a los dos, por lo que lo compramos junto con un montón de cosas más. Entre ellas: zapatos, complementos, bolsos, shorts, tops, camisetas, blusas...

—Vamos a tomar un helado y luego nos vamos.

—Sí —asiento.

Y como podemos con tanta bolsa, nos tomamos un helado. Él, de menta con pepitas de chocolate; yo, de avellana.
Cuando nos los acabamos, nos recoge Quique y nos lleva de vuelta a casa de Yolín para comer…

—Muchas gracias por lo que has hecho por mí hoy, Will.

—No hay de qué, mi niña —dice y le sonrío por el apelativo—. Prepárate para tu primera clase —ordena—. La harás en el antiguo despacho de Mike Ross.

—¿Mike Ross? —pregunto confusa.

—Sí, era el marido de mi tía. Murió antes que mi padre por un cáncer de pulmón debido al tabaco.

—No tenía ni idea... Lo siento...

—No te disculpes —responde y suena el timbre.

—Pase, señor Tale —le oigo decir a Jeff y me empiezo a poner muy nerviosa. Y más cuando se acerca a nosotros y lo tengo ante mis ojos...

—Buenas tardes, señor y señora.

—Hola, Gastón —le saluda Will estrechándole la mano—. Déjate de formalidades, por favor —le pide.

Yo, en cambio, no he podido formular palabra...

—Tú debes de ser Jena Laywer —afirma—. ¿Verdad…? —se asegura para evitar una posible metedura de pata.

—Eh... s… sí...

—Encantado —se acerca a mí y me da dos besos.

—Bueno, comencemos cuanto antes —dice y nos dirigimos al despacho.

Una vez dentro, Will se va y nos quedamos los dos solos...
—Siéntate —me sugiere.

—Eh, sí, claro. Es que estoy muy nerviosa.

—¿Y eso por qué?

—¿Cómo que por qué? —pregunto—. Porque eres Gastón Tale —digo con convicción—. ¿Sabes lo que daría por restaurar cualquier obra con la que has trabajado?

—Bueno, para eso primero tienes que aprender...

—Lo sé, lo sé... Es que eres como una especie de ídolo para mí.

—Es todo un honor, princesa —responde y ante su forma de dirigirse a mí no puedo evitar mirarlo con mala cara. Él enseguida se percata y rectifica—. Disculpa por llamarte así. Es una forma cariñosa que suelo usar, no te lo tomes como algo excepcional ni nada de eso.

—Ah, bueno —digo aliviada—. ¿Qué me vas a enseñar? —pregunto con el entusiasmo asomándose de nuevo.

—Pues… podríamos empezar con un poco de teoría de la restauración. Supongo que en la universidad habrás dado algo.

—¡Genial! Sí, bueno, no gran cosa.

—Empecemos pues.

Dicho esto, comienza a explicarme un poco lo que ya había dado en clase, pero con el toque de experiencia que muchas veces falta en el profesor especializado. Se deja ver claramente, ante su forma de explicar, que es algo que le ha costado trabajo y que realmente le gusta.

Al cabo de un buen rato de explicación, tocan a la puerta y Jeff nos trae algo para picar y nos avisa de que hay gente que quiere reunirse con Gastón (cosa que no es de extrañar), por lo que la clase tendrá que finalizar enseguida.

Miro el reloj y veo que son las 21:28. El tiempo se me ha pasado volando y ya es hora de despedirme del arte por tiempo indefinido...

—Jena —me apela Gastón.

—Dime —le contesto.

—Ha sido un placer darte clase, llegarás lejos en la restauración. Nos veremos de aquí en adelante. Lamento no poder darte más clases seguidas...
—No te preocupes. El verdadero placer es tenerte como profesor.

—Por cierto, ¿me darías tu móvil?

—¡¿Quieres agregarte mi número?!

—Claro, me gustaría verte más seguido. Y no importa que te dé clase, podemos quedar como amigos y tal.

—¡Genial! —exclamo y se lo doy.

—Bueno, me tengo que ir... Encantado, Jena —dice y se acerca para darme dos besos de despedida cuando Will entra por la puerta.

Este se acerca a Gastón y lo aparta de mí...

—No hace falta tanto cariño, gracias —le comenta irónico.

—Bueno, me voy entonces. Adiós, Jena —se despide guiñándome un ojo y se va.

—Idiota... —murmura para sí Will.

—¿No me digas que eres de esos que se ponen celosos por nada?

—No.

—Mentira —replico—. Me lo acabas de demostrar...

—No es verdad —dice acortando la distancia entre nosotros.
—Mentira —vuelvo a decir acercándome también.

—Verdad.

—Verdad —respondo involuntariamente.

—¡Lo ves! —exclama victorioso.

Luego de eso, Will me coge de los hombros y me besa. Vuelvo a notar el jodido ardor que provoca Will en mí.
Nuestro beso pasa de ser algo totalmente espontáneo a algo realmente deseado...

Noto cómo se está empezando a poner tenso. Ahora ha decidido separar sus tan suaves y húmedos labios de los míos para empezar a besarme el cuello. Recorre cada centímetro y yo solo puedo quedarme quieta, disfrutándolo. Siento cómo se detiene en una zona justo debajo de mi oreja izquierda y comienza a succionar levemente.

—Will... —digo en un susurro casi inaudible.

Él hace caso omiso y continúa succionando. De un momento a otro, se separa de esa zona y recorre con besos lo que le queda de trayecto hasta llegar a mi oreja.
Una vez llega, atrapa entre sus labios mi lóbulo y no puedo evitar estremecerme. Él suelta una risita ante mi reacción, se separa y me mira atentamente a los ojos.
Está evaluando mi expresión, pero sobre todo mi mirada. Nuestros ojos se pierden en los del otro y no podemos evitar sonreír al comprobar que, tanto los suyos como los míos, tienen ese inusual brillo.

—¿Qué tal? —pregunta divertido.

—Muy bien, y ¿tú? —le respondo haciéndome la falsa desentendida.

—¡Genial! —contesta para después hacer una pregunta al aire— ¿Te imaginas...?

—¿El qué?

—Lo que falta todavía...

—Cuéntamelo —le ordeno.

—Pues... —no puede acabar la frase, ya que para mi suerte la doncella de Yolín acaba de abrir la puerta.

—Lo siento, pero Yolín quiere hablar con vosotros. Dice que es urgente. La he visto muy inquieta.

Ante sus palabras, Will me mira y puedo ver la preocupación en su rostro. Hemos salido rápidamente de la habitación. Al llegar a la cocina-comedor, me quedo en *shock*…

CAPÍTULO 15:
La confesión

Veo a la madre de Will tirada en el suelo inconsciente…

Yolín la está abrazando. Sus lágrimas caen sin cesar de su rostro... Yo estoy paralizada ante la situación, no sé qué está pasando exactamente. Will me acaba de mirar, así que… le sonrío levemente para darle ánimos. Sé que no son gran cosa, pero se acaba de retirar de mi lado y ha ido corriendo al lado de su tía. Yolín, que no ha notado su presencia hasta ahora, lo abraza fuertemente.

—¿Qué ha pasado, tía?

—No lo sé, estábamos hablando y de repente se ha desmayado.

—Ya está aquí la ambulancia —anuncia Jeff.

Unos hombres entran a toda prisa y se llevan a la madre de Will en una camilla. Nos piden que uno suba con ella; Will se ofrece y se retiran. Mientras, Yolín se acerca a Jeff y lo abraza...
Supongo que ahora mismo sobro un poco. Decido alejarme, pero, cuando estoy a punto de salir de ahí, Yolín me frena...

—Jena, no te vayas —me pide—. Ahora vamos al hospital, Will te necesita.
—Por supuesto —digo.

—Os llevaré —dice Jeff.

Todos bajamos al aparcamiento y nos subimos en el coche más próximo de entre los que había estacionados. Yolín se sienta en el asiento del copiloto y yo, en el asiento trasero. Jeff arranca el motor y comenzamos a adentrarnos en la carretera.

—No tienes la culpa de nada —le dice Jeff a Yolín.

—Lo sé... ¿Pero por qué tiene que pasar esto? —pregunta con la mirada fija en la furgoneta de delante— Siento que tengo la culpa de una forma u otra.

—¡No! —exclama— Tú no tienes la culpa de que el marido de tu hermanastra estuviera enamorado de ti...

Cuando esas palabras salen de la boca de Jeff, no puedo evitar abrir la boca de la sorpresa... ¿Así que Trevor Hill estaba enamorado de Yolín…? ¿Y Jasmín y Yolín son hermanastras...?
Pensándolo bien, tiene sentido, puesto que son completamente diferentes en casi todo, pero no

puedo evitar preguntarme si Will lo sabe...
Me sumerjo tanto en mis pensamientos que no he oído a Yolín...

—¿Jena?

—¿Sí?

—Lo que has oído...

—No pasa nada.

—Te lo contaré más detenidamente esta noche.

—No importa si es algo privado...

—Sí, quiero contártelo.

—Vale.

—No le comentes nada a Will por el momento, por favor.

—De acuerdo.

El trayecto ha llegado a su fin y el hospital está ante nuestros ojos. Jeff aparca, se baja y le abre la puerta a Yolín. Yo salgo del coche y espero a que me den indicaciones...

—Vamos —ordena Jeff y ambas asentimos.

Entramos y en recepción nos dan las indicaciones para llegar a la habitación donde está Jasmín.
Vamos con el paso acelerado y rápidamente la encontramos.
Will está con las manos en la cara, sentado en unos asientos paralelos a la puerta. Me acerco enseguida y lo abrazo. Él levanta la cabeza, pero sus ojos quieren evitar mi mirada...
Entiendo que no quiera que lo vea con los ojos rojos e hinchados por las lágrimas, pero le cojo la cara con ambas manos y lo obligo a mirarme.
Nuestros ojos se encuentran y puedo ver en los suyos que se alegra de verme.
—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

—Mi madre ha entrado en coma por un golpe psicológico —se detiene para respirar—. No saben si se va a poder despertar...

—¡¿Qué?! —exclama Yolín, quien se encuentra enfrente de la puerta junto a Jeff.

—Tengo la culpa, ¿verdad? —pregunta Will más para sí que para nosotros.

—No, claro que no —sentencio yo mientras le doy mi mano.

—La culpa es mía, Will... —afirma Yolín.

—No. Yo no tendría que haberme alejado de mi responsabilidad... Le he causado muchos problemas por un capricho de mi corazón —dice y me mira con las lágrimas a punto de derramarse nuevamente.

—Si es por eso, la culpa es mía —intervengo.

—No, chicos. La culpa es mía —se reafirma—. Will, hay algo que no sabes...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que no sé?

—Tu madre y yo... Bueno, tu padre...

—Suéltalo.

—No sé cómo decírtelo...
—Ya va siendo hora de que lo sepa... —la anima Jeff.

—Lo sé.

—¡Mi madre está en coma! ¡¿Qué coño tenéis que decirme?! —grita perdiendo la paciencia.

—Will, tu padre, antes de salir con tu madre, estaba enamorado de mí.

—¿Qué? —pregunta confuso y ya más calmado.

—Sí, pero yo ya salía con Mike y tu padre...

De repente, Will acaba de retirar mi mano y se ha levantado bruscamente sin dejar que Yolín acabe de formular la frase...

—¡Will! ¡Espera! —exclama Yolín.

Este ha hecho caso omiso y se ha puesto a andar con el paso tan acelerado que me cuesta seguirlo...
Salimos al exterior del hospital y Will ni siquiera se ha dado cuenta de que estoy tras de sí, porque va decidido y rabioso. Continúa caminando hasta que llega a su coche y por fin puedo dirigirle la palabra.

—Will... —digo y por suerte se ha girado en mi dirección.

—¡Sube! —me ordena.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras me siento en el asiento contiguo al del conductor.

—Ahora te cuento —afirma arrancando e iniciando la marcha.

—¿Qué me ibas a contar? —insisto al ver que no pronunciaba palabra.

—Vamos a ir a un sitio, concretamente a donde tuve mi primera reunión con mi padre en Arizona.

—¿Por qué?

—Yo...

—¿Tú?...

—Creo que mi madre...

—¿Tu madre? —pregunto confusa.

—Es algo difícil de explicar, cuando estemos ahí te lo contaré.

—Vale, pero… ¿estás bien?

—Sí. Es solo que una parte de mí ya lo sabía... Y creo que hay algo que mi padre quiso ocultarme.

—¿Algo como qué?

—No lo sé muy bien, pero en nada llegaremos. O eso espero... —dice con un tono más dudoso de lo que le gustaría.

—Will, yo...

—¿Sí?

—Yo te quería decir...

—No me arrepiento de estar contigo. Eres lo mejor que me ha pasado hasta ahora —afirma interrumpiéndome.

—Pero Will, yo...

—Que no te preocupes.

—Pero… no es eso.

—¿Entonces qué es?

CAPÍTULO 16:
El secuestro

—Pues que yo ya sabía que tu padre estaba enamorado de Yolín. Ella me lo contó de camino al hospital...

—¿Qué?

—Sí, lo siento.

—¡Joder, Jena! ¿Por qué no me lo has dicho en cuanto me has visto? —me dice con un tono de voz muy elevado.

—Porque creo que es algo que ella te debe contar, no yo —sentencio.

Will suspira ante mi respuesta y me mira a los ojos por un momento. Después sigue con la mirada perdida en la carretera cuya vista a los laterales está compuesta por un conjunto maravilloso de pinos blancos norteños.

—Jena... —me apela tras haberse pasado un buen rato en silencio.

—¿Sí?

—No pasa nada por que no me lo hayas dicho. Siento haberte gritado antes —se disculpa arrepentido.

—No te preocupes, entiendo que estés así... Demasiado bien estás llevando el estado en el que se encuentra tu madre...

—Sí, supongo...

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —le pregunto cambiando de tema.

—Lo más seguro es que tardemos una hora aproximadamente, porque está bastante alejado de la casa de mi tía y del hospital.

—Vale, es que tengo un problema...

—¿Qué pasa?

—Tengo ganas de ir al baño —afirmo avergonzada.

—¡Oh! Pues ahora, en cuanto pueda, paro.

—Espero que sea pronto... —respondo soltando una risita.

No han pasado ni tres minutos y Will se acaba de desviar a un pequeño camino que había a la izquierda para estacionarse en él.

—Vamos, Jena.

Yo asiento y bajo del coche al igual que él. Esto está muy escondido, así que, aparte del coche, solo se ven los majestuosos pinos y la luz de los rayos solares que se cuelan entre sus hojas.
—Puedes esconderte detrás de esos arbustos, no miraré.

—Sí, vuelvo enseguida —digo y me retiro.

No tardo y ya estoy de vuelta, pero nada más volver algo hace que mi visión se nuble, sé que estoy a punto de desmayarme, pero no puedo perder el conocimiento ahora. No puedo dejar que la imagen ante mis ojos me prohíba ayudar a Will. Me necesita, está sangrando, en el suelo, sangrando, en el suelo, sangrando, y... y... do… dos... hom... bres...

—Jena, Jena, Jena...

Una voz conocida me invita a despertar en un susurro, pero mis ojos no responden a sus estímulos auditivos. Me esfuerzo por despertar, pero estoy muy débil. No siento mi cuerpo y lo único que me conecta con la realidad es la maravillosa voz.

—Soy Will —escucho ya con claridad—. Jena, despierta por favor...

¿Will? ¿De qué me suena ese nombre?
Siento que mi corazón va más rápido al pronunciarlo en mi consciencia, pero, aun así, mis ojos no se abren... ¿Por qué no se abren? ¡Quiero despertar...!

—Por favor, Jena, te necesito.

¿Necesitarme? ¿Alguien me necesita? ¿Quién? ¿Quién me necesita?
Intento abrirlos de nuevo y por fin la luz de la habitación me ciega.
Lo primero que noto, aparte de un dolor de cabeza horrible, es que mi cuerpo está amarrado con fuerza a una silla vieja de madera.
La habitación en la que me encuentro no tiene nada que ver con lo que he estado viendo últimamente en decoración.
Toda la decoración parece recién sacada de la Edad Media, se ven armaduras en la pared, cuadros de temática religiosa y grandes retratos de reyes.
La techumbre está compuesta por un relieve en forma de semicírculos de color granate. Y en él se puede ver una gran lámpara de velas, que se encuentra en muy buen estado.

No entiendo qué estoy haciendo aquí. Me miro el cuerpo haciendo hincapié en las heridas que tengo y en las cuerdas, hasta que me percato de que no estoy sola... Lo que veo a mi derecha, más bien detrás de mí, es a...

—¿Will?... —pregunto.

—¡Jena! ¡Por fin! ¡Qué susto, joder!

—¿Qué ha pasado?

—Ryun y Tumber.

—¿Qué?

—La empresa de Diana y la de la competencia.

—Pero... —digo confusa.

—Yo te lo explico, furcia —afirma Diana, quien se acaba de posar frente a mí.
Su pelo rubio y sus aires de superioridad son inolvidables. No le contesto y eso parece no importarle, dado que acaba de comenzar a contarnos su estupenda mierda.

—Partiendo de la base de que Will es mi prometido y tú sólo eres un estorbo, he provocado esto. A ver, mi intención no era hacerle daño a mi futuro marido, pero como se resistió... Pues tuvieron que darle un golpe en la cabeza para dejarlo un poco inconsciente y traerlo aquí. Tú fuiste tan idiota que saliste a “salvar” a Will y te desmayaste. Así que mis empleados hicieron un dos por uno... —cuenta con una carcajada final.

—¿Qué quieres, Diana? —inquiere Will.

—¿Que qué quiero? ¿En serio lo preguntas, William? —dice con una expresión de enfado e ironía.

—¡No me cansaré contigo hagas lo que hagas! ¡Amo a Jena!

—Lo sé, lo sé... ¿Pero sabes algo? Eso ya no me interesa, ahora tengo a otro mejor que tú.

—Ah, ¿sí? ¿A quién?

—Pues mira, no tenía intención de decírtelo, pero te lo diré. ¡A tu primo! Él y yo estamos saliendo.

—¡¿Paulino?! —intervengo por fin.

—¡Sí! —responde victoriosa.

—¿Entonces por qué estamos aquí? —pregunta Will.
—Porque quiero que sufra la zorra y, ya que estamos, tú también. Quería seguir el juego de que aún quería casarme contigo, pero no he podido. Así que… ahora vendrá mi nuevo asistente con vosotros. No os preocupéis. Me marcho, que mi novio me espera. ¡Hasta nunca, gilipollas! —explica y sale por donde quiera que haya entrado.

—Jena, tenemos que salir como sea...

—Sí, pero ¿cómo...?

—No lo sé. Llevo pensando en ello unas cuatro horas, mientras seguía intentando que despertaras...

—Estoy pensando...

—¿Intentamos movernos como en las películas? —propone y ambos nos movemos sin obtener un resultado agraciado.

—Se nos acaba el tiempo, Jena.

Y efectivamente, al acabar de pronunciar mi nombre, alguien con un antifaz negro y un cuchillo entra en la habitación y se aproxima a nosotros...

CAPÍTULO 17:
Dudas

Su figura me resultaba muy familiar, pero no supe de quién se trataba hasta que se quitó el antifaz y lo vi.
Jake, mi mejor amigo, estaba ante mí. No me podía creer que estuviera del lado de Diana. Si así era, nuestra amistad se habría esfumado. Pero por suerte, mi mejor amigo había venido a ayudarnos. Se acercó rápidamente y nos desató.

—Gracias, Jake, te debo una —le dice Will.

—No te preocupes, que, si Diana no me asesina por esto, ya me lo cobraré —le contesta con una risita de preocupación.

—¿Entonces trabajas para Diana? —pregunto.

—No es un buen momento. Os lo cuento por el camino. ¡Vamos! —ordena y ambos, como podemos (dadas las circunstancias), lo seguimos.

Salimos de la casa abandonada y nos espera Quique (quien había recibido la ubicación gracias a mi mejor amigo) en la puerta. Nos subimos, Jake delante y nosotros atrás, y el coche acelera a toda prisa pese a no haber nadie por los alrededores.

—Cuéntanos, Jake —le ordeno.

—Está bien. Todo comenzó cuando os fuisteis en helicóptero. Me dejasteis con ellas y, como dice el dicho, «si no puedes con el enemigo, únete a él». Y eso fue lo que hice; hablé con Diana y con tu madre y les prometí informarles de todo lo que supiera. Una cosa llevó a la otra y Diana me ofreció el puesto de asistente, pero, en cuanto se entere, me matará —se frena al pensarlo—. Y no en sentido figurado... —añade.

—No te preocupes, acabaré con esto cuanto antes —afirma Will.

—¿Cómo lo vas a hacer? —pregunta.

—Casándome con Jena. Es la única forma...

—¡¿Qué?! —exclama Jake asombrado.

—Sí. Descubrí que mi padre dejó por escrito en su testamento que, si mi madre seguía viva, seguiría llevando la empresa hasta que me casase y, por tanto, fuese independiente de la fortuna empresarial de Pryn Hill. Sólo en ese entonces, podría dirigir la empresa con mi madre viva.

—Pero yo... Will, no sé si quiero casarme... —digo con un batiburrillo de pensamientos y emociones en mí.

—No te puedo obligar, Jena, depende de lo que decidas. Te voy a dejar pensarlo tranquilamente... Yo iré arreglando los papeles igualmente. Siento decirte que, si no es contigo, tendré que buscarme a otra por mucho que me duela... —anuncia.
—Estás de broma, ¿no? —inquiero mientras noto cómo la ira se empieza a manifestar irremediablemente.

—No, Jena, no es una broma. No quiero provocar más molestias innecesarias cuando sé que lo puedo evitar —afirma sereno.

—¿¡Pero qué dices!? ¡Tú no tienes la culpa de estar rodeado de gente psicópata! —exclamo enfadada para cambiar el tono al de la decepción—. Lo que me parece mentira es lo que ha salido de tu boca... —me freno para aguantar el nudo en el estómago—. Si tan poco importante soy para ti, que te casarías con otra solo para evitar que la gente de tu entorno tenga problemas, creo que lo nuestro se acaba aquí —sentencio con los ojos acuosos.

Esas palabras... No he podido detenerlas y lo más seguro es que me arrepienta después, pero no puedo tolerar que me haga sentir como una cualquiera, como si todo lo que he hecho hasta ahora no hubiese sido por mí, sino por él.
¿Y si en el fondo todo era mentira? Si yo no hubiese estado en aquella parada a esa hora y hubiera estado otra, no le habría importado.
Ahora que me paro a pensarlo detenidamente, si no hubiese estado yo ahí, habría dado exactamente igual. ¿Y si para Will todo había sido eso...? Solo una excusa para no casarse con Diana.

—¡Jena! —me apela mi mejor amigo, que intuye que voy a romper en llanto.

—¡Quiero bajarme del coche! —ordeno con rabia, puesto que lo único que quería era alejarme de Will...
En ese momento, solo quería evitar que me viera desplomarme.

—Pero Jena... —me dice Quique.

—En esta misma calle me puedes dejar. Ya me las arreglaré para irme de Arizona —aseguro—. Olvidaros de mí.

—¿Te has enfadado? —me pregunta Will haciéndose el desentendido y yo lo ignoro.

—¡Déjame bajar de una puta vez! —exclamo perdiendo ya la poca paciencia que me quedaba.

—Está bien... —accede Quique y al segundo gira y me deja enfrente de una cafetería.

—Pero… Jena, ¿qué te he hecho?... No te entiendo.

Salí del coche y cerré con un portazo a modo de respuesta para Will. Comencé a caminar. Quería despejarme, ya que habían pasado muchas cosas en poco tiempo... Había cortado con Will. Me había enfadado y lo peor es que él ni siquiera se había preocupado por arreglar las cosas, sólo se hacía el tonto.

Seguía caminando y ahora Arizona me parecía más vulgar que cuando pisé su suelo por primera vez.
De repente, la imagen de aquel día se abrió paso en mi mente, cuando Will me confesó sus sentimientos encima de aquella barca.

¿Realmente todo se había acabado...?
Comencé a caminar y cogí el teléfono para llamar a Carla, cuando un número desconocido apareció en la pantalla...

《 Por teléfono 》

—¿Hola?

—¡Hola, Jena! ¡Soy Gastón Tale!

—Ah, je, je. ¿Qué tal...? —digo fingiendo estar alegre.

—¿Dónde estás? Hoy teníamos clase en casa de Yolín.

—Lo siento, pero ya no habrá más clases.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque he cortado con Will. Me vuelvo a Londres a recuperar mi antigua vida —afirmo con una voz que dejaba claro que, aunque estuviera llorando, mis lágrimas serían algo pasajero.

—¿En serio has cortado con Will?

—Sí. Así que, antes de colgar, quería darte las gracias por haberme enseñado. Aunque solo fuese en una clase, eres uno de mis ídolos y me alegro de haber tenido la suerte de conocerte. Siento que todo haya acabado...

—¿Dónde estás?

—¿Qué? —le contesto sorprendida.
—¿Dónde estás? —repite.

—En el centro, al lado de la cafetería *Yuyi's Coffee* —respondo.

—Perfecto. Entra y pídete algo, en un rato voy. No queda muy lejos...

—¿Vas a venir?

—Sí, tú espérame dentro —me ordena y cuelga para no darme pie a debate.

《 Fin de la llamada 》

No me creo que Gastón esté de camino hacia aquí. Todo esto es algo surrealista. ¿Acabo de cortar con Will y voy a quedar con Gastón? Aunque no llevásemos mucho saliendo, lo estaba sintiendo todo con mucha intensidad.

Es muy confuso, ahora debería estar destrozada, pero algo me dice que no importa cuántas cosas pasen, que, si algo es para ti, para ti será.
Así que no me lo pienso dos veces y entro en la cafetería. Me pido un café con leche y tostadas con tomate y me siento a esperar a Gastón. No tarda en venir.
Cuando oigo el sonido de la puerta y lo veo, algo me hace sonreír pese a estar tan triste.
Él me saluda y se sienta enfrente de mí enseguida...

—Perdón por hacerte esperar, Jena.

—No pasa nada.

—Bueno, me ha dado tiempo a hablar con Will antes de entrar.

—¡¿Qué?! ¡¿Está aquí?!

—Sí, está esperando a que salgas para hablar contigo.

—¡Pues que espere sentado! ¡No quiero verlo!

—¿Qué ha pasado?

—Me ha dejado claro que lo único que quiere es casarse para evitar problemas. Le da igual con quién sea, como si es con la primera que pase.

—¡Qué idiota! Yo, si fuese tú, me alejaría de él. Tú no eres una cualquiera; eres genial, Jena. Y, si no te valora, mándalo a la mierda.

—Lo sé, pero ahora sólo quiero irme de aquí. Aunque no tengo dinero para hacerlo.

—¿Y si te propongo algo?

—¿El qué? —pregunto atenta ante cualquier posible escapatoria.

—¿Y si nos vamos juntos?

—¿Juntos...? —digo sorprendida ante su propuesta.

—Sí. Yo no tengo nada que hacer estos días y podría darte clases. Así te alejaría de Will y de todo lo que a él se refiere.
—¿Harías eso por mí?

—¡Claro! ¿A dónde quieres ir?

—Esto... Me gustaría ver a mis padres...

—¿Dónde están?

—En Japón.

—¡Pues venga! ¡¿A qué esperamos?! —exclama dedicándome una sonrisa.

—No lo sé —respondo devolviéndosela y me levanto a la vez que él.

—Jena...

—Dime.

Al contestar, me extiende su mano y yo me pregunto si debería o no, pero, después de recordar la tranquilidad de Will al decir que tendría que buscarse a otra, lo hago.
Su tacto es muy diferente al de Will, no es tan mágico; de hecho, no siento nada...
O, al menos, nada como lo que siento cuando la suave piel de Will me roza...
Siento un nudo en el pecho y decido centrarme en no caer.
Gastón me arrastra hacia afuera y, cuando salimos por fin, la imagen ante mí me hace llorar y querer romper todo lo que tengo a mi alcance. Estoy temblando…

CAPÍTULO 18:
La traición

Nunca me hubiese imaginado que Carla, “mi mejor amiga”, y Will se besarían.

Era tan ilógico, no tenía ningún sentido... El dolor y la rabia se estaban apoderando de mí de una manera inimaginable.
Así que, ya que lo estaba viendo, iba a dejar claro que no podrían mentirme con excusas después. Me suelto de la mano de Gastón y me acerco a ellos con el paso decidido, pese a como realmente estaba por dentro.

—¡Will! —exclamo con un tono más alto de lo que pretendía.

Los dos se giran en mi dirección y compruebo que sí son ellos, que mi supuesta mejor amiga y el único chico por el que he sentido algo en toda mi vida se habían besado.
No puedo expresar lo que, en este momento, en el que sus miradas se centran en mí, siento. Me siento realmente traicionada y sobre todo me siento una puta idiota por pensar que, aunque no nos hubiésemos conocido de una manera convencional, sí habríamos estado enamorados...
¡Pero qué importaba ya! No tenía nada que hacer aquí.

—Jena, déjame explicártelo —suplica Will.

—Jena, no es lo que crees —afirma Carla.

—¡Dejad de pronunciar mi nombre! ¡Sois repugnantes!

—Pero Jena —dicen al unísono.

—¡Ni Jena, ni hostias! ¡¿Qué os creéis?! ¡¿Qué lloro por esto?! ¡Lloro por haber pensado que erais de otra forma! ¡Lloro por haberme enamorado de un hijo de puta! ¡Y por haber sido la mejor amiga de una zorra! ¡Pero sobre todo lloro por mí! ¡Por no haberlo sospechado!

—Jena, es la primera vez, lo juro. Yo también te amo —afirma Will con lágrimas falsas.

—Jena, ha pasado, pero yo venía a verte a ti, no tenía ninguna intención de hacerlo, me siento fatal... —al decir eso Carla, no puedo evitar soltar una carcajada.

—¡Qué gracioso! ¡Ya te puedes casar, gilipollas! ¡Olvídate de que existo! —Después de ordenar esto hice algo inesperado... Me acerqué a Gastón, quien se había mantenido al margen, y lo besé.

Delante de ellos, le demostré a Will que no me importaba él, que había mejores que él y que me enamoraría de otros con la misma facilidad.

Gastón estaba sorprendido (como era obvio) pero sus movimientos me dejaron claro que no le importaba. Me despegué de sus labios y miré a Will. Este tenía una mueca de difícil interpretación...

—Adiós —me despido y me alejo con Gastón de ahí hasta su coche.

Una vez nos subimos y nos adentramos en la carretera, comienzo a hablar.

—Lo siento... —me disculpo.

—No te preocupes, me ha encantado —dice guiñándome un ojo.

—¿Vamos a ir a Japón de verdad? —pregunto.

—Sí: de hecho, el aeropuerto no está muy lejos de aquí.

—¡Genial!

—No te preocupes por lo que ha pasado, me tienes a mí.

—Gracias. No voy a derramar una sola lágrima más. Voy a darles una sorpresa a mis padres y ¡voy a ver Tokio!

—¡Sí! ¡Así me gusta!

En el camino comenzamos a hablar de arte, de cuadros, de artistas y de técnicas. Así que no me doy ni cuenta y ya estamos esperando al avión.
Gastón había pedido dos billetes en primera clase, por lo que no nos teníamos que preocupar de que hubiese sitio. Estando con Gastón, estoy tranquila, aunque el golpe había sido fuerte...

—Jena, me alegro de que cuentes conmigo para superar esto que te ha pasado.

—¡Lo tengo superado! —afirmo en voz alta y con una sonrisa para creérmelo yo también.

Continuamos hablando de temas relacionados con el arte y enseguida nos avisan de que ya podemos desembarcar. Nos acercamos a la puerta de embarque y de pronto veo a Jake acercarse corriendo hasta aquí.

—¡Jena! ¡Espera!

—¿Qué quieres, Jake?

—Déjame ir contigo a Japón.

—¿Qué?

—Quiero ver a tus padres y no te quiero dejar sola.

—No está sola —interviene Gastón.

—Sí, lo está. Apenas la conoces.

—¿Y qué? Yo al menos no la he dejado sola.

—¿Pero qué dices?

—¡Dejadlo ya! El avión está a punto de salir —los interrumpo.

—Cierto, ya te puedes ir, Jake.

—Jena. No me voy.

—Te ha dicho que te vayas.
—Bueno, Gastón, sí que me gustaría que viniera Jake con nosotros...

—Bueno, porque tú me lo pides... ¡Ve a por tu billete! —le ordena tirándole dinero.

Él pone una mueca de berrinche y se aleja corriendo hacia la taquilla.
No tarda prácticamente nada y unos segundos antes de que empezáramos a embarcar apareció con él en la mano.

—Jena, tú y yo nos sentamos juntos y Jake en la fila de atrás.

—Vale, me da igual.

—Lo siento, pero Jena y yo tenemos que estar cercanos en los asientos —afirma Jake.

—Eso ya lo veremos... —lo reta Gastón.

—¡Qué pesados estáis! ¿Cuántas horas estaremos en el avión?

—Va a ser un vuelo de quince horas, por lo que dormiremos bien en cuanto nos entre el sueño y por la mañana estaremos casi en Tokio.

—¡Genial! —exclamo.

Los tres caminamos y nos subimos a la parte privada del avión, donde las butacas color crema y el baño privado nos aguardan.
Está lleno de personal, desde azafatas de vuelo hasta masajistas de clase. Yo no puedo estar más anonadada.

Viajar en helicóptero fue muy emocionante, pero esto me impresiona más.

De un momento a otro, ya me han acomodado junto a la ventana.

Tengo a Gastón a mi derecha y a Jake justo frente a mí, pero estoy tan absorta en lo que pasamos Will y yo en el helicóptero que ni me he enterado...
Pienso, sobre todo, en si sus palabras podían ser ciertas o si, más que sus palabras, sus sentimientos podían serlo. No obstante, tengo que dejar de pensar en su traición y posible farsa para así centrarme en mí.
Al mirar por la ventana, las nubes color turquesa y los débiles rayos de sol anaranjado me hacen sentir en paz.
Y empiezo a notar cómo paulatinamente mis ojos se cierran, pensando en aquel paisaje majestuoso...

—Jena...

—¿Sí? —respondo con el susurro del sueño.

—Despierta.

—¿Qué pasa, Jake?

—Esto... Quiero hablar contigo...

—¿Y para eso me despiertas?

—Sí, porque necesito que sea a solas y ahora Gastón está dormido.

—Vale, pues dime lo que me tengas que decir.

—Ven conmigo, vamos a las butacas de ahí —dice señalando dos vacías al final de la sala.

—Vale —asiento y ambos sigilosamente nos levantamos y nos acomodamos de nuevo.

—Jena, te tengo que explicar lo de Will.

—¿Qué dices? No voy a escuchar nada, me dejó muy claro que no le importo ni lo más mínimo —respondo, aunque una parte de mí deseaba esa explicación...

—Vale, sí, besó a Carla. Pero no pasó como tú crees. Déjame explicártelo todo, al menos — estoy dispuesta a volver a mi asiento sin oír una palabra, pero por dentro la esperanza me obliga a escuchar.

—Vale, explícate.

—Antes de que su madre entrara en coma, Will me dijo que tenía la intención de casarse. Pero no solo por lo que te dijo, sino por algo que no sabes. Y es que amenazaron a Will o, más bien, a su madre.

—¿Qué? —pregunto con incertidumbre.

—Sí. Los de la empresa Tumber.
Will encontró diversas cartas en las que amenazaban a su madre diciendo que iban a encontrar a Will y lo iban a matar si no les daba la fortuna de la empresa.
Entonces, su madre cometió un gran error y accedió a darles la herencia con tal de salvar a su hijo.
Will, al enterarse, se puso a investigar sobre posibles soluciones, porque no iba a tirar por la borda todo lo que su padre tan duramente había logrado.
Y así descubrió que la única forma era que, con su madre viva, se casara para que la fortuna, tal como estableció su padre, pasase inmediatamente a su persona.

—Entiendo...

—Por eso estaba tan absorto en eso, él sabía que no querrías y por eso empezó a buscar posibles candidatas.
Su idea no era dejarte ni mucho menos: su idea era casarse y divorciarse a la semana, para volver a estar contigo costase lo que costase.
No encontraba a ninguna que estuviera dispuesta a hacerlo hasta que aquel día, justo después de que te bajases del coche, llegó a casa de Yolín y se encontró con Carla en la puerta, que había venido a darte una sorpresa. Los tres fuimos a donde te dejamos para buscarte.
Por el camino, Will le contó a Carla la situación y ella accedió a cambio de un favor. Y, sobre todo, porque es tu amiga y sabía que te arrepentirías de que él se casara con una mujer cualquiera cazafortunas que luego no se echara a un lado, os diera problemas y no os dejara ser felices juntos.

—Está bien. ¿Pero cómo explicas el beso?



CAPÍTULO 19:
Tokio

—A eso iba —me responde tornando los ojos ante mi impaciencia—. Carla le contó a Will que, al venir aquí, el hombre que se sentó a su lado en el avión empezó a incomodarla con preguntas fuera de lugar.
Ella no le dio importancia, pero empezó a preocuparse cuando, al bajarse, la empezó a seguir disimuladamente.
Ella cogió un taxi y creyó haberlo perdido de vista. Pero, al llegar con Will al lado de la cafetería, lo vio.
Y se le ocurrió que, si ese hombre se pensaba que estaba con Will, la dejaría en paz. Por eso, aunque como favor iba a pedir otra cosa, le pidió a Will que la besara. Y bueno, supongo que ya sabes el resto...

—¿Y tú cómo te enteraste de que venía a Tokio?

—Porque Gastón se lo dijo a Will para joderlo y Will me lo dijo a mí y me pidió que si, por favor, te podía explicar lo que había pasado.

—Vale... Ahora no sé qué decir...

Mi cabeza no paraba de darle vueltas a todo lo que me acababa de decir Jake. Sé que él no me mentiría, así que eso es lo que pasó realmente. Eso explica porqué Will me miró así después de besar a Gastón. Y por qué en el jardín me dijo eso. Ahora todo encajaba...
—Jena, … Carla y Will no querían hacerte daño. Créeme.

—Pero eso no quita que se vayan a casar.

—Ahí llevas razón, pero tú tienes la culpa por no casarte con él.

—Ahí llevas razón tú, pero no sé qué hacer...

—Jena, estás a tiempo. Soy tu mejor amigo. Por mucho que me duela en el fondo que no estés conmigo, sé que al menos es un gran tío.

—Pero estamos a punto de llegar a Tokio.

—Lo sé.

Ahora solo podía pensar en una cosa: necesitaba hablar con Will. ¿Qué sentido tenía no casarme con él y dejar que en mi lugar estuviera otra? Si, como bien dice, el divorcio para él no es nada en el caso de arrepentirme, ...

Estaba analizando tanto, en tan poco tiempo, que sentía que mi cabeza iba a explotar, así que, cuando sonó el móvil de Jake y oí su nombre, me quedé en blanco.

《 Por teléfono 》

—Dime, Will…

—¿Jena está contigo? ¿Se lo has explicado?

—Sí, te la paso —anuncia.

En cuanto me dio el teléfono, me quedé en blanco por un momento hasta que pude responder.

—¿Jena? ¿Me oyes?

—Sí...

—¿Me podrías llegar a perdonar?...

—Will, no sé qué decirte. Solo quiero que me hagas un favor...

—Lo que sea —responde convencido.

—Ven a Japón. Quiero hablar contigo en persona, pues hay ciertas cosas que tenemos que aclarar.

—Vale. Ahora mismo iré en helicóptero. Estaré esperándote en el aeropuerto.

—Vale. Te paso con Jake.

—Will, ¿qué tal vas con el descubrimiento?

—Necesito casarme primero para poder interrogar a los padres de Diana. He descubierto que, antes de entrar a casa de Yolín, mi madre habló con la madre de Diana, por lo que algo le debieron de decir.

—Yo también lo creo, algo de lo que hablaron le impactó.

—Sí. ¿Crees que Jena se casará conmigo? Carla está pasándolo fatal por haber hecho eso, pero está dispuesta a ayudarme como me prometió.

—Sí, es posible. Creo que podrías celebrarla ya...

—¿Te está escuchando?

—No. ¿Por qué?

—Me has dado una gran idea. Al volver a Arizona, nos casaremos. No hay tiempo que perder. Espero que Jena quiera. Hablaré con Carla para que la organice en casa de Yolín.

—Genial. Adiós. ¡Y suerte! Nos vemos.

—Sí, adiós. ¡Y gracias, Jake!

—De nada.

《 Fin de la llamada 》

—Pasajeros. El avión descenderá en breve; por favor, asegúrense de que sus cinturones estén abrochados correctamente.

Al oír eso, me alegro. Voy a darles una sorpresa a mis padres. Gastón se despierta y, al ver que no estoy a su lado, se pone a buscarme con la mirada hasta que me ve y me sonríe.
Entonces, noto cómo el avión empieza a descender tranquilamente hasta tocar el suelo. Los tres nos bajamos del avión y nos dirigimos a la salida.
Y, cuando salimos, me sorprende muchísimo ver a Will. Sí que ha tardado poco el helicóptero de su empresa... Nada más verlo mi corazón empezó a latir más rápidamente y con más fuerza.

Nos acercamos y Will y yo nos miramos fijamente.
En sus ojos, veo el arrepentimiento y el brillo que adquieren cada vez que se encuentran con los míos.
No sé cómo reaccionar. Lo tengo justo delante y, aun así, me parece lejano.
Nadie articula palabra, así que hay una especie de silencio en el que todos estamos analizando cosas.
Yo, principalmente, analizo lo que siento, lo que siento al ver a Will.
¿Estaría dispuesta a casarme con él...?

—Bueno, creo que es hora de ir a ver a tus padres. No tenemos mucho tiempo —dice Jake.

—Sí. Quique estará aquí enseguida —anuncia Will.

—¿Alguien me explica qué hace aquí Will? —pregunta Gastón.

—Digamos que lo he perdonado... —respondo yo.

—¿En serio? ¿Después de lo que te ha hecho? —pregunta incrédulo.

—Sí. Gracias por preocuparte por mí de todos modos.
—De nada. Yo... Creo que no tengo nada que hacer aquí ya... —suelta con la mano en la nuca.

—¿Por qué lo dices?

—Porque quería estar contigo como algo más que tu profesor. Me gustas mucho, Jena...

—¿En serio? —pregunto un poco en estado de shock ante la velocidad de sus sentimientos.

—Sí. Eres una chica increíble, pero se te nota que te gusta Will. No tiene sentido que insista.

—Pero...

—Jena —me interrumpe—, cualquier cosa que necesites, estaré ahí para ti. Lamento no haberte conocido antes que Will.

—Gracias... —digo sin saber muy bien qué responder ante esto.

—¿Me darías un abrazo de despedida? — me pregunta y yo asiento.

Nos acercamos el uno al otro y nos damos un fuerte abrazo.

—No seas tonta y no pierdas a la persona que amas... —me susurra justo cuando nos separamos.

—Bueno, yo me volveré a Arizona entonces. Espero que os vaya muy bien —se despide y se aleja de nosotros.
En ese momento, Quique llega. Por lo que nos subimos todos al coche y nos adentramos en el tráfico de Japón, hasta llegar al piso de mis padres. Tocamos al timbre y, al oír la voz de mi madre, no puedo evitar llorar. Nos abre al instante, subimos todos y empieza el drama entre abrazos y besos con mis padres.

—¿Por qué no nos has avisado de que venías con William Hill?

—Lo siento...

—No pasa nada. Os vais a casar, ¿verdad? ¿Por eso habéis venido? Estamos al tanto...

—Esto... —iba a contestar que no, pero, al ver la emoción en su rostro, solo puedo asentir— Sí.

—¿Puedo hablar a solas contigo, Jena? —dice Will.

CAPÍTULO 20:
Final

—Sí, claro —respondo, nos retiramos a una habitación y cerramos la puerta.

—¿De verdad quieres casarte conmigo?

—No.

—¿Entonces? ¿Por qué has dicho eso? ¿Sabes cómo me ha dado un vuelco el corazón al escucharte...?

—Lo he dicho por la ilusión de mis padres, pero no voy a casarme por muy enamorada que esté. Quiero casarme por mí, no por nadie. No por nada...

—Joder, Jena... ¡¿Te crees que yo quiero?! ¡¿Te crees que yo quiero sobre todo si no es contigo?!

—Sí, porque lo vas a hacer.

—¡No tengo opción, Jena! Pero todo lo que hemos vivido lo sentía, no te he engañado, te lo prometo. ¡Quiero estar contigo!

Cuando dice esto último su cuerpo tiembla, sus lágrimas empiezan a caer y su mirada se pierde en mí. Sé que de verdad lo siente. Y la tristeza que yo siento al verlo así hace que irremediablemente acorte la distancia que nos aleja y lo abrace. Un fuerte, pero a la vez débil abrazo que se ve interrumpido por el sonido del móvil de Will.

《 Por teléfono 》

—Dime, tía.

—Will, tengo buenas noticias.

—Dime.

—¡Tu madre ha despertado!

—¿En serio? ¡Qué bien! —exclama y cuelga inmediatamente.

《 Fin de la llamada 》

—¡Mi madre está bien, Jena!

—¡Me alegro mucho! —le digo y me abraza con más ímpetu que antes.

—Jena... —dice separándose de mí y adquiriendo una mueca seria.

—¿Qué?

—Tienes razón, siempre hay otra forma. Siempre. Y yo estoy harto, harto de no poder hacer lo que de verdad quiero por dinero. Estoy cansado de todo.
Si la empresa se tiene que hundir…, ¡que se hunda!
Lo que más quiero es estar contigo, me da igual lo que venga después.
Por favor, Jena, vayámonos. Vayámonos juntos a donde sea. Cojamos un avión y larguémonos. ¡Que le den a todo!...
¿Te apuntas...?

—Will, yo... No creo que podamos alejarnos de todo esto...

—¿Confías en mí?

Él agarra mi mano entrelazando sus dedos con los míos y me arrastra afuera de la habitación, pero no solo de la habitación: abre la puerta de salida del piso sin responder a las miradas de asombro de mis padres y de Jake y baja las escaleras tan deprisa que me da miedo caerme.
Una vez salimos al exterior, seguimos corriendo sin saber muy bien a dónde vamos.
Estoy cansada, pero aun así el sentir a Will cerca de mí me hace seguir su tan acelerado paso.
Seguimos corriendo hasta que, al final de la calle, vemos un hermoso jardín rodeado de árboles de cerezo que acaban de abrir sus rosadas flores. Nos dirigimos a él y nos camuflamos por entre el maravilloso paisaje...

—Jena, ... —me apela jadeando por el agotamiento.

—Dime... ¿Ya sabes a dónde iremos? —pregunto de la misma forma.

—Ya pensaremos a dónde ir. Ahora sólo quiero besarte...

—¿Qué? —pregunto fingiendo no haberlo escuchado para que lo repita.

—¡Que quiero besarte, Jena!

Su énfasis al decirlo me sorprende tanto que no he notado que ya no está a un metro de mí.
Ahora está a tan solo un suspiro y, como aquella primera vez, soy yo la que acorta la distancia y junta nuestros labios...

Noto cómo, al igual que aquella vez, su cuerpo está ansioso. Decido dejar de pensar y sentir. Sentir sus carnosos labios y la danza que ejecuta su lengua al entrar en contacto con la mía.
Ambos notamos cómo el calor sube a medida que los minutos pasan; él muerde mi labio inferior

en un intento de retener a mis labios que estaban alejándose para abrazarlo.
Lo separo de mí y lo miro fijamente; al ver sus pupilas dilatadas y su brillo de siempre, no puedo evitar sonreír. Él hace lo mismo y a los pocos segundos vuelve a mis labios hasta que por falta de aire acabamos con el beso.

—Jena, jamás volveré a hacerte daño; lo prometo. Lo mejor que he hecho en mi vida hasta ahora es haberte besado en aquella parada de autobús...

—Yo me alegro de que lo hicieses. Aunque quisiera alejarme, estoy atada a ti de alguna forma porque mi corazón no siente nada así por nadie más que por ti.

—Entonces yo también lo estoy —afirma y sonreímos.

Luego nos fundimos en un gran abrazo, despidiéndonos de todo y viviendo por nuestro amor…



LA CARTA

Querida Carla:

Ya han pasado dos años desde que Will y yo decidimos huir juntos... Y todo ha sido tan caótico...

Decidió cambiar su obligación como heredero de la empresa Pryn Hill por mí... Su madre nos estuvo buscando con ayuda de la policía por varios meses, pero conseguimos cambiarnos de identidad (ahora somos Samanta Ronald y West Ronald) y nos vinimos a vivir a un pueblecito de Irlanda. Nuestra vida ha sido pacífica desde entonces, pero la culpabilidad en Will no lo deja dormir por las noches, ya que su madre falleció y la empresa pasó a ser de Paulino (quien se casó con Diana, por cierto). Ellos, junto a sus dos hijos, son ahora los millonarios más conocidos de Londres. La vida resultó salirles a la perfección...

Mientras, a nosotros nos cuesta llegar a fin de mes. Todo por nuestro capricho de amor... O, más bien, mi capricho de no haber querido casarme con el hombre al que amo, por miedo. Pero bueno, no podemos quejarnos: ahora somos libres y felices por estar juntos.

De hecho, ya lo sabréis todo, Carla. Las noticias vuelan y aún no me creo que Jake y tú acabarais juntos. ¡Y que sea la madrina de vuestro pequeño James! Aún me parece surrealista... Estoy deseando conocerlo, debe de ser tan guapo...
Y de eso precisamente quería hablarte... ¡Will y yo nos casamos! Sí, por fin me he decidido. Y obviamente os necesito conmigo. Leí todos vuestros correos, pero no pude responderos por seguridad; lo lamento muchísimo y espero que podáis perdonarme...

Will y yo queremos casarnos en Arizona junto a Yolín y Jeff (que también se casaron y ahora están viviendo en Canadá). Así que espero veros ahí dentro de dos semanas.

Mis padres también están bien; al final, se enamoraron de Japón. ¿Quién lo iba a decir…?

Espero que estéis todos bien.

Os quiere: Jena.

LA BODA

No me creo que hoy sea el gran día...
Will y yo llevamos tanto tiempo organizándolo todo para que salga a la perfección que me aterra la idea de que pueda haber algún imprevisto y que todo se vaya a la mierda. Pero bueno, supongo que son los nervios...

Estoy a punto de salir colgada del brazo de mi padre por ese pasillo decorado con guirnaldas y petunias blancas y no puedo relajarme. Siento que de un momento a otro me caeré al suelo y que todos los presentes se mofarán de mí.

Aun así, saco valor para dar el primer paso y ver a los invitados levantarse para verme cruzar tras el pequeño James (que va tirando pétalos rosados por todas partes). Percibo todos los ojos posados en mí y en mi gran vestido de princesa hasta que me dejan de importar...

Ver a Will, el hombre al que amo, subido en el altar con esa mirada suya de siempre hacer que todo esto cobre sentido… No puedo estar más feliz de saber que por fin estamos aquí.

Subo al altar junto a él y la ceremonia que tantas veces habíamos recreado de broma da comienzo:

—West Ronald —lo apela el cura—, ¿acepta a Samanta Wilson como su legítima esposa para amarla y cuidarla en la salud y en la enfermedad?

—Sí, acepto —afirma Will mirándome con una sonrisa llena de ternura y felicidad.

—Samanta Wilson —ahora se dirige a mí—¿Acepta a West Ronald como su legítimo esposo para amarlo y cuidarlo en la salud y en la enfermedad?

—Sí, acepto —afirmo con la misma seguridad que Will.

—Yo os declaro... marido y mujer. Puede besar a la novia.

Y, tras aquellas cinco últimas palabras, Will se acerca a mí y me besa con pasión. Yo siento cómo el corazón me late con fuerza y cómo, a pesar de estar rodeados de gente aplaudiendo, nosotros somos uno y nada más importa...

Al acabar, nos dirigimos al restaurante y el día se había puesto de nuestra parte, puesto que el sol era el protagonista del cielo y aun así no hacía un calor insoportable.
Al llegar, todos comimos el menú que Will y yo escogimos y brindamos y lo pasamos de miedo bailando y haciendo el tonto. No podía sentirme más afortunada... Por fin era la mujer de Will y podía gritarlo a los cuatro vientos. Aquello que tanto tiempo había querido evitar por puro miedo ya se había hecho realidad...

Yolín y Jeff, Carla y Jake, mis padres, más familia y nuestros amigos más cercanos... Todos estaban disfrutando y celebrando nuestra unión.

—Jena, tal vez no sea el momento más oportuno... Pero necesito hablar contigo —me dice Yolín.

—Claro, dime lo que quieras. Vamos a retirarnos un poco —sugiero y las dos salimos.

—Estuvimos Jeff y yo investigando y descubrimos algo que puede cambiar vuestra vida y la de Diana y Paulino...

—Te escucho.

—Revisamos la herencia que dejó mi hermana Jasmín y nos dimos cuenta de que hizo de todo porque a su muerte todo quedara a cargo de Will, no de Paulino. Lo que significa que, si da la cara, todo pasará nuevamente a sus manos.

—¿En serio? —pregunto confusa.

—Sí: de hecho, Will no te quería decir nada, pero ya ha llevado a trámite los deseos de su madre y pronto a esos dos se lo arrebatarán todo.

—¡No lo puedo creer! —exclamo emocionada.

—Sí, pero antes tenéis que disfrutar de vuestra luna de miel en París…



LUNA DE MIEL

París...

La ciudad de los enamorados...

Irónicamente, decidimos pasar nuestra luna de miel aquí...

—Amor, aún no me has dicho qué sientes al saber que ya no te puedes separar de mí... —me dice Will con mirada pícara.

—No sé... Supongo que tendría otra respuesta si no estuvieras semidesnudo frente a mí... —le respondo acercándome a él y tocando sus abdominales divertida.

—¿Y cuál es esa respuesta? —pregunta en un susurro cerca de mi oreja.

Yo no vacilo en hacerle lo mismo y le contesto «Ya es hora de que la sepas...» para después mordisquear su lóbulo izquierdo. Él responde a mi estímulo con un débil quejido y luego, una vez me separo de su oreja, me levanta el mentón con el dedo pulgar y empieza a besarme con fuerza. Noto cómo nuestras lenguas chocan desbocadamente sin patrón y cómo su cuerpo empieza a ponerse tenso... Cada vez que me atrae a él, su erección me provoca ansias de arrebatarle el bóxer, pero espero impaciente a que descubra mis intenciones y tome las riendas. Para mi suerte, no se demora un momento en empezar conmigo...

—Jena... Te amo... —afirma con la mirada encendida entre besos cortos.

—Yo también...

Tras mi respuesta me coge en brazos, me tira a la cama con delicadeza y comienza a desvestirme... Con mi ayuda se deshace de mis shorts y de mi camiseta y al verme en ropa interior sonríe y se muerde el labio inferior.

—Eres preciosa...

Yo le respondo vergonzosa con una sonrisa tímida y él me la devuelve para subirse encima de mí y besarme de nuevo. Pronto me desabrocha el sujetador y comienza a besarme el cuello bajando lentamente hacia mis senos... Una vez ahí, detiene sus besos en mis pezones haciéndome estremecer...

Era la primera vez que no tenía miedo de nada y me dejaba llevar, disfrutaba de cada contacto y de cada uno de sus besos. Me sentía la mujer más afortunada del mundo por haber tomado la determinación de casarme con él...

—¿Quieres que pare? —me pregunta Will haciéndome volver de mis pensamientos.

—No —contesto con firmeza y hago que se dé la vuelta para tener yo el poder...

Él me mira con sorpresa y diversión y yo me deshago por fin de su bóxer y descubro así su belleza al completo...

—¿Te gusta? —inquiere con una sonrisa.

—Me gusta todo de ti...

—Creo que es mejor que nos pongamos como antes —asegura—. Quiero que estés cómoda para nuestra primera vez.

—Vale.

Contesto y nos cambiamos de posición, quedando, así, él a mi derecha. Vuelve a besarme apasionadamente mientras me toca todo el abdomen llegando "inocentemente" a deslizar su mano derecha por debajo de mi tanga. Ha empezado a introducirme uno de sus maravillosos dedos... Yo no hago más que suspirar ante lo que me está haciendo y a él parece excitarle verme así... Tanto que lo veo titubear al sacarlo para deslizar la única prenda que me queda por la suavidad de mis piernas...

Estamos los dos muy excitados y cuando menos lo espero, Will se sube encima y empieza a penetrarme con delicadeza. Yo estoy eufórica ante esta nueva sensación... Durante sus movimientos, ambos nos besamos y nos abrazamos como nunca mientras se nos escapan gemidos ahogados. Va subiendo la intensidad y la velocidad hasta que noto como mi cuerpo se relaja del placer... Luego, él se separa y acaba encima de mí...

—¿Te ha gustado? —pregunta entre jadeos.

—Más de lo que creía, nunca me había sentido así... —respondo con total sinceridad— ¿Y a ti?
—Muchísimo, eres mi droga... —confiesa.

—Te quiero, tonto...

—Yo más, amor...

—Pareces agotado...

—Ya, es que estoy muy relajado.

—Me sabe mal, pero...

—¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño? —me pregunta preocupado.

—Esto... Es solo que... Deberías ir a buscar algo para limpiarme esto, ¿no?

—¡Claro! ¡Claro! Perdóname... ¡Qué descortés! —dice avergonzado y ambos nos empezamos a reír.

Pasamos nuestra luna de miel encerrados en el hotel, disfrutándonos hasta que llegó el momento de volver a Londres...
Al llegar, Will hizo su aparición ante los medios y la empresa Pryn Hill pasó a ser nuestra... Volvimos a vivir en Londres y yo decidí retomar la carrera de Bellas Artes.

Ahora todo está en su lugar y yo cada día me siento más atada a él de lo que me podría haber imaginado... ¿Y cómo no iba a estar atada al amor y al placer...?

Agradecimientos

Si estás leyendo esto es que ya has finalizado la historia de mis primeros personajes: Jena Laywer y William Hill…
En primer lugar, querido lector, espero haber conectado contigo a través de mi historia. Espero que hayas sentido muchas de las escenas a través de la risa, del llanto o de la intriga. Espero, sobre todo, haberte entretenido, haberte hecho evadirte un poco mediante mis palabras. Y espero que lo hayas disfrutado…
Tengo tanto que agradecer, empezando por mi mayor confidente en este mundo, mi madre Yolanda Martín Gail… Sin ella y sus ganas de impulsarme a cumplir este sueño, nada habría sido posible. Anyopink es nuestro sello y juntas lograremos alcanzar lo que nos propongamos. Esto es solo el principio…
Quisiera agradecer también a mi padre Miguel Ángel y a mi marido Jose María, los hombres de mi vida, pues sin su apoyo tampoco estaría aquí, y a mi hermano, Iván José, que sé que también está orgulloso.
Por último, quiero agradecer a mi gran amigo Miguel Gil Gracia por ayudarme con la corrección ortotipográfica y ser el mayor tesoro que me ha dado la Universidad.
Dicho esto, me despido.
Por ahora…

Atentamente, Andrea Marina R.M.

Biografía de la autora

Andrea Marina Rodríguez Martín es una joven de 22 años amante del arte. Su madre Yolanda y ella han creado su marca personal Anyopink. También compone canciones que sube a su canal de YouTube, *AndreamarinaRM,* que consta ya con más de 20.000 suscriptores. Pero hay algo en especial que Andrea lleva en el corazón desde bien pequeñita, su pasión por la escritura.
Tantas cosas por hacer y tanta imaginación solo se pueden desarrollar con la literatura…
Y esta mallorquina residente en Valladolid, lleva ya escribiendo para el mundo en Instagram desde el 2016, cuando se creó su cuenta (*@andreamarinarm*) que actualmente cuenta con más de 10.000 seguidores. También comparte sus escritos más poéticos en TikTok (@Andreamarinarm). Y desde hace también varios años en Wattpad (*Andreamarinarm),* con obras suyas como ***Atada a ti*** que actualmente tiene más de 91.000 lecturas.
Lo que está claro es que Andrea Marina, tiene mucho por ofrecer y aún le queda mucho camino por recorrer.
¡Un claro ejemplo de que se pueden tener varios sueños!